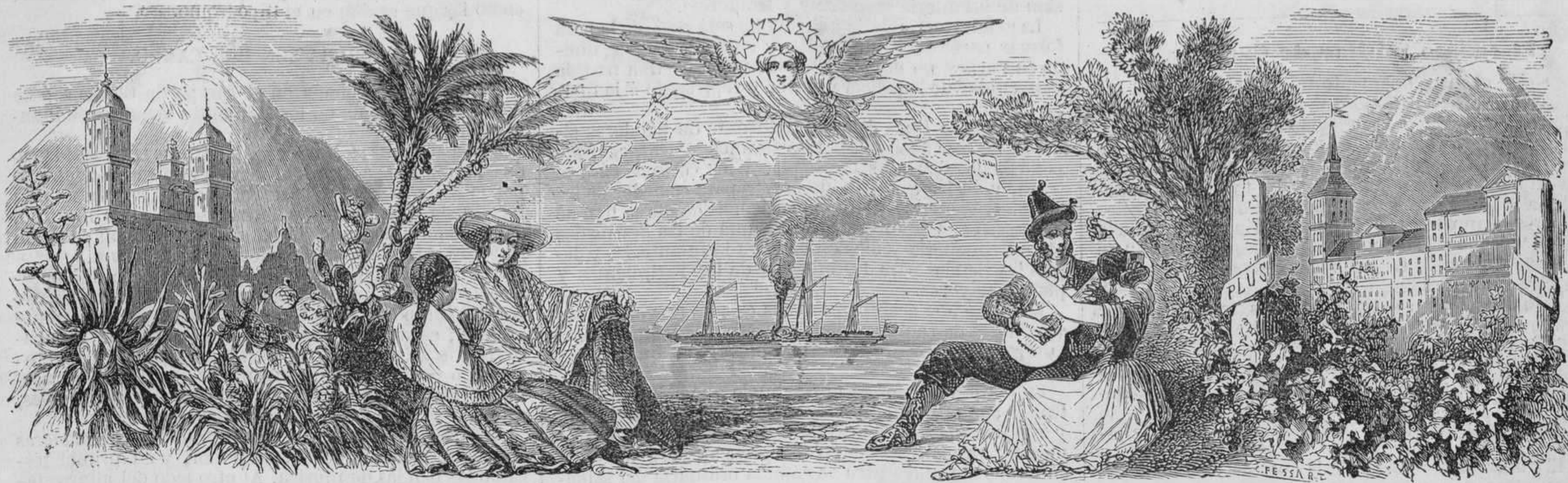


# EL CORREO DE ULTRAMAR

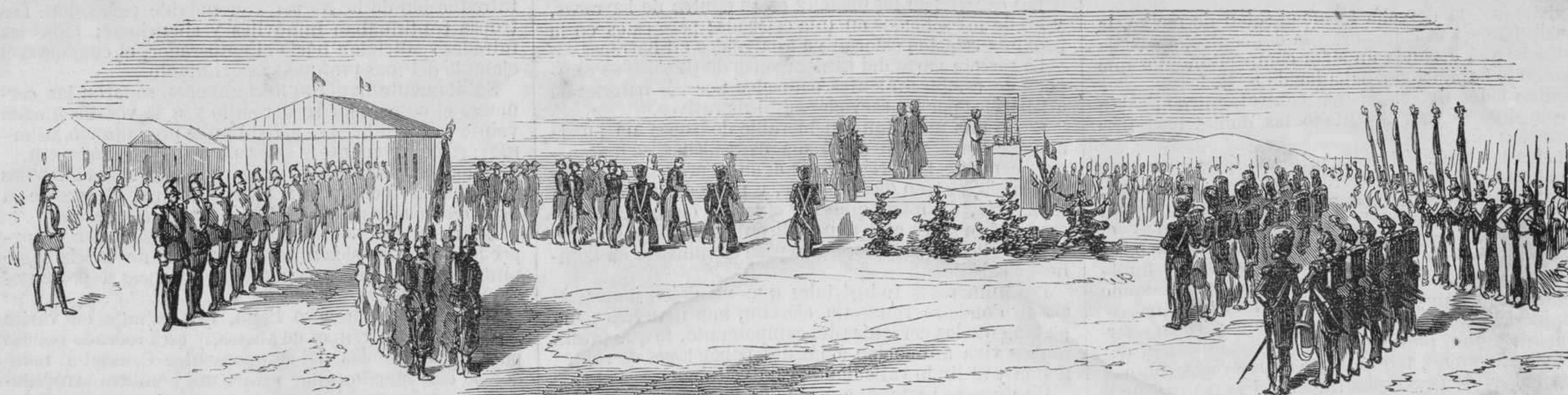
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — Tomo X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, nº 10 en Paris

AÑO 16. — Nº 248.



Inauguracion del campo de Chalons, el 30 de agosto de 1857.



El emperador visitando los vivaques del campo de Chalons.



## SUMARIO.

El campo militar de Chalons; grabados. — Revista de París. — El papa en Florencia; grabados. — Desposorios del gran duque Miguel con la princesa Cecilia de Baden; grabados. — Una de tantas. — Apuntes de un viaje a la India; grabados. — Eulalia. — Bendición de la estatua monumental de Nuestra Señora, en Boloña del Mar; grabados. — El gran Mogol; grabado. — Genio y figura. — Revista de la moda. — Viaje a Saboya del rey Victor Manuel; grabado.

## El campo militar de Chalons.

Para este gran campamento militar situado á 22 kilómetros al Norte de Chalons del Marne, é insiguiendo los deseos de S. M., se ha elegido un vasto terreno de forma poligonal (con ángulos salientes y entrantes), de ocho lados de diferentes longitudes. El perímetro tiene cerca de cincuenta kilómetros, y el frente de banderas de la infantería y caballería tiene ocho. La artillería tiene su campamento en segunda línea, detrás de la caballería, á la orilla izquierda de un pequeño riachuelo que se une formando ángulo recto con otra corriente de agua algo mas considerable.

El campo militar se divide en tres grandes partes comprendidas en el terreno que forma el vasto campamento de maniobras.

1ª El cuartel imperial, teniendo á su derecha, á cosa de un kilómetro, el cuartel del mayor general (el general Regnault de St.-Jean d'Angely);

2ª Los campamentos de la infantería y la caballería; y

3ª El campamento de artillería, servicio de administración, almacenes y provisiones.

El cuartel imperial, vasto cuadrilátero regular de unos 250 metros sobre 150, se compone en primera línea de tres tiendas de madera del mas gracioso aspecto, destinadas para el emperador, y de dos barracas dobles, igualmente de madera, para las personas convidadas por S. M. Al rededor de estas construcciones hay una galería con vista al campo por donde puede pasearse al abrigo de la intemperie.

La tienda de la derecha forma el salon de recibo, la de la izquierda es el comedor, y la del centro, apartada de la línea, está dividida en siete compartimientos que componen la habitación particular de S. M.

A ambos lados de esta tienda central, entre el salon y el comedor, se han levantado las dobles barracas para los convidados.

De todos los puntos de esta primera línea que hace frente al de banderas de las tropas y mira al Noroeste, se descubre completamente la posición del campamento, las dos pequeñas poblaciones llamadas el grande y el pequeño Mourmelon, el riachuelo bordeado de árboles que corre casi tocando con dichas poblaciones, y finalmente, á lo lejos, las colinas cretáceas y las cuevas donde se encuentran los mejores terrenos de la Champaña.

El emperador fué quien eligió este sitio para su cuartel general. Es un punto culminante desde donde domina todo el terreno, ligeramente accidentado, sobre el que las tropas de la guardia imperial deben acampar y maniobrar.

El gran costado Sud del cuartel imperial lo forman una barraca para los plateros, una tienda para el puesto de honor, y otra barraca que servirá de bodega y dos caballerizas de 60 á 80 metros para doscientos caballos. Mas adelante hay todavía una gran barraca para alojamiento de los palafreneros. El pequeño costado Sudeste del cuartel imperial se compone de dos grandes barracas, una para el depósito de maletas, y otra para comedor de los cien guardias. Delante se encuentran los almacenes para forraje.

El gran costado que mira al Norte tiene dos vastas caballerizas dobles para los caballos de los cien guardias. Después sigue el salon del emperador y una de sus caballerizas, un almacén, una barraca para la imprenta y otra para el telégrafo.

En segunda línea, por la parte Noroeste, y perpendicularmente á las tiendas de S. M., se encuentran seis filas de tiendas formadas de tablas para los ayudantes de campo, oficiales de ordenanza y criados de estos señores. Finalmente, en tercera línea, y paralelas á las tiendas, hay una magnífica cocina, la repostería, la lencería y los almacenes. Se ha destinado un conservador para cuidar del arreglo del mueblaje de la habitación del emperador y del de las personas de su casa.

El interior del cuartel imperial está plantado de abetos bastante bajos, pero que dan sombra. Casi tocando con este vasto cuadrilongo se elevan unos bosquecillos que forman el mas risueño aspecto.

A la derecha del cuartel imperial y en un punto central, debe levantarse el altar, al rededor del cual cada domingo asistirán las tropas con armas al servicio divino. Este altar es el mismo que habia ya tenido este religioso destino en el campo militar de Satory.

El cuartel imperial, que dista en línea recta un kilómetro del frente de banderas de las tropas, tiene á su izquierda, casi á igual distancia, las barracas que forman el cuartel del mayor general, cuyos techos sobresalen de las cimas de un pequeño bosque de pinos.

La segunda parte del campamento está situada entre las dos poblaciones llamadas de Mourmelon, el riachuelo que riega su campiña y el cuartel imperial. A la derecha se encuentra la brigada de caballería pesada de la guardia, acampada por regimientos en varias líneas de tiendas, cada una de las cuales por lo que respecta á los soldados, debe contener ocho hombres y los arneses de sus caballos (1º y 2º de coraceros.)

Siguiendo el frente de banderas y pasando de derecha

á izquierda, se encuentran sucesivamente los campamentos: de la brigada de caballería de línea (dragones de la emperatriz y lanceros), y de la brigada de caballería ligera (cazadores y guías). En otra línea formando un ángulo muy abierto con la precedente, se encuentra el campamento de la primera division de infantería (granaderos y zuavos); y luego en otra línea paralela la de caballería, el campamento de la 2ª division de infantería (cazadores y tiradores).

La gendarmería de la guardia no está designada para formar parte del campo militar; el regimiento se queda en París y no envía á Chalons mas que una partida para cuidar de la policía interior y representa á la fuerza pública.

La primera línea despues del frente de banderas situada en una profundidad de algunos metros, se compone de las barracas destinadas á las cocinas para la tropa, y de las que han de servir para comedor de los oficiales. Vienen en seguida las tiendas donde se han de albergar ocho hombres en cada una de las destinadas para la caballería y diez en las para la infantería, y detrás las tiendas para los oficiales de los regimientos y planas mayores.

Los generales acampan con sus estados mayores ó sus ayudantes de campo y oficiales de ordenanza mas atrás aun respectivamente al centro de las tropas que están á sus órdenes.

En la línea que forma el riachuelo que debe suministrar el agua para hombres y caballos, se han delineado y van á empezar los trabajos para realizar este pensamiento, vastos jardines en los que parece se proyecta cultivar legumbres para la comida ordinaria del soldado. Al otro lado de los jardines están las letrinas, formadas de tablas, las que se han adjudicado á uno de los mas ricos propietarios del país.

Cada division tiene además en la parte posterior de su centro una hermosa barraca que servirá para enfermería, pudiendo contener cien hombres cuya enfermedad no sea bastante grave para tener que pasar á los hospitales.

Los caballos de los oficiales están dentro de barracas, y los de los soldados en una estacada; pero estos en la próxima estacion estarán ya guarecidos en barracas.

La tercera parte del campamento de Chalons se compone de establecimientos ocupados por las baterías de artillería y por los servicios administrativos.

Como una masa tan considerable de tropas no puede atender suficientemente á sus necesidades, se ha colocado cerca de la corriente de agua la provision, la intendencia, el tren de equipajes, y un poco mas lejos la carnicería, de modo que los diversos cuerpos puedan enviar á buscar, casi á una distancia igual para cada uno de ellos, todo lo necesario para el alimento de hombres y caballos.

Los numerosos industriales que no dejan jamás de acudir donde se reune un ejército, han invadido completamente las cercanías del campamento, lo que presta la mas viva animacion á las dos poblaciones de Mourmelon y al lindo valle donde están situadas.

Un número bastante crecido de fondistas, cafeteros y empresarios de bailes se han instalado en vastas y hermosas barracas, adornadas por fuera, cerca de las tropas; y hasta se asegura que un sugeto muy emprendedor, con la esperanza de realizar beneficios considerables, ha propuesto hacer construir á sus espensas una hermosa y grande poblacion cerca del punto donde debe terminar el ferro-carril, á la derecha del campamento.

Se ha establecido una via férrea que tiene á Paris y á Chalons en comunicacion con el campamento.

A su salida de Chalons, el ferro-carril atraviesa el Marne, despues el canal y luego la carretera de Reims. Para atravesar el valle de Vesles ha sido menester clavar numerosas estacas que sostienen la via en medio de los pantanos. Este ramal tiene una longitud de 25 kilómetros y 200 metros, y para establecerlo ha habido necesidad de remover 200,000 metros cúbicos de tierra; todos los trabajos, comprendida la toma de posesion de los terrenos indemnizados, se han llevado á cabo en un término de 65 dias. Durante este corto tiempo se han empleado por término medio 2,400 operarios. Para la construcción de este ramal se ha hecho un verdadero esfuerzo.

El campo militar de Chalons no está destinado tan solo para las maniobras de la guarnicion imperial en este año, sino que se asegura que á la conclusion de cada verano una division de caballería y dos ó tres de infantería irán á instalarse en él, la caballería dentro de barracas construidas de tablas, y la infantería dentro de tiendas de campaña. Lo que parece acreditar este rumor es que los terrenos no han sido alquilados, como sucedió con respecto á los campamentos de las cercanías de Boloña, sino que han sido comprados por el Estado.

Por lo demás, la permanencia allí de una masa considerable de hombres y caballos, despues de las cosechas, no puede dejar de fertilizar estos estériles terrenos.

El campo militar de Chalons no dejará de influir en la instruccion de los soldados y oficiales franceses. Preténdese que la intencion del emperador es hacer estudiar sobre el terreno, por medio de la práctica, un sistema de maniobras cuyo objeto es dejar los movimientos de cada una de las tres armas bajo la direccion de su jefe respectivo. Este sistema ha sido estudiado por una comision de generales competentes, y parece que ofrecerá una modificacion muy importante por lo que toca á las diversas teorías sobre las evoluciones en línea, simplificando mucho el estudio de los grandes movimientos.

Por este año todo el mundo, á excepcion del empera-

dor, del mayor general y de los convidados, está bajo tienda; pero es probable que el año próximo se levantarán en este terreno numerosas barracas para abrigo de los oficiales y soldados que habrán carecido de él en el presente.

Finalmente, para que esta reunion sea completa, se habla mucho de levantar algunos teatros formados de tablas y un vasto anfiteatro para funciones ecuestres, como las que se dan en el Hipódromo.

## INAUGURACION DEL CAMPO.

En una carta fechada en el campo de Chalons, á 30 de agosto, se reseña en los siguientes términos su inauguracion:

«Esta mañana, á las nueve, las tropas estaban formadas para asistir á la misa solemne que se ha celebrado por la inauguracion del campo. Como la capilla no está terminada aun, se habia levantado un altar interino, adornándole con muchas banderas, junto al pabellon imperial y frente al campamento de los zuavos.

Este espectáculo era magnífico, y es imposible apreciarlo exactamente sin haber asistido á él; todas las tropas del campo estaban formadas en masa dando frente al altar; cada regimiento formando division, la caballería y la artillería á pié, y en el órden siguiente, empezando por la derecha: ingenieros, artillería, coraceros, cazadores de caballería, lanceros, guías, zuavos, granaderos, tiradores y cazadores de infantería.

Al frente de las tropas estaban reunidas las banderas con su respectiva guardia de honor, y en primer término las bandas de música. Al otro lado del altar estaba el emperador, y detrás de él y á cierta distancia su estado mayor y todos los oficiales generales; á derecha é izquierda estaba desplegado un peloton de cien guardias montados y colocados en direccion perpendicular hácia el frente de las tropas.

Celebró la misa el abate Laine, capellan de la casa del emperador.

Al empezar la misa la música de los guías ejecutó la introduccion de la *Norma*, con notable perfeccion. Las tropas continuaban inmóviles y silenciosas; todas las miradas se dirigian hácia el emperador, el cual daba el ejemplo del mas profundo recogimiento.

Súbitamente batieron los tambores, sonaron las cornetas, el emperador se arrodilló y á la voz de *Rindan* veinte mil hombres se arrodillaron presentando las armas: era el momento y solemne acto de la *Elevacion*.

Entonces, reinando el mas profundo silencio, todas las músicas tocaron una pieza maestra, el coro de la *Bendicion de los puñales* de la ópera los *Hugonotes*.

Es indescriptible la impresion producida por la sorprendente composicion de Meyerbeer; no sabria cómo pintaros el grandioso cuadro que entonces se presentaba á mi vista.

Figuraos un inmenso llano, que ostenta en varios puntos algunos grupos de abetos, y está rodeado por las pintorescas tiendas del campamento. Colocad al rededor de este sencillo altar veinte mil hombres arrodillados; figuraos ver al sacerdote que invoca las bendiciones de Dios sobre toda esta gente, en medio de la pompa militar que adquiere todavía mayor realce con la pompa del soberano. Iluminad este cuadro con un sol brillante, cuyos rayos hacen relumbrar las armas y las águilas, y penetran entre los pliegues de las banderas; añadid por último á todo esto el solemne silencio en medio del cual se oye majestuosamente la voz del sacerdote y la del ministro, y las armonías de esta admirable música, y entonces solo os habeis formado una débil idea de la grandiosa escena á que tuve el gusto de asistir.

Dominábame aun esta impresion, cuando empezó á cantarse el *Domine salvum*. El primer regimiento de granaderos formando coro pronunciaba la letra con acompañamiento de todas las músicas; el efecto producido por esta invocacion en favor del jefe del Estado no puede describirse; en la fisonomia de cada soldado se echaba de ver que se asociaban sinceramente á esta oracion en favor del emperador.

Terminada la misa, cada division desfiló en columna, y las tropas se fueron á su respectivo campamento.

El emperador montó á caballo despues de haber tomado un ligero desayuno, y recorrió el campo acompañándole el general Saint-Jean-d'Angely, su estado mayor, todos los generales de division y una escolta de cien guardias.

S. M. vestia el uniforme de general de division, llevando además el gran cordon de la Legion de Honor.

A las cuatro entraba el emperador en el pabellon imperial, pues S. M. ha querido recorrerlo y examinarlo todo con la mayor minuciosidad, haciéndose explicar segun de costumbre, todos los pormenores relativos al bienestar y á la salud de los soldados. Los pueblos inmediatos, muchos vecinos de Chalons, de Reims, Epernay, Vitry, y aun de Baille-Duc habian llegado por la mañana al campo invadiendo á Coquin-Ville ó Kamiesch, nombres que tan en boga están. Su premura por ver al emperador y saludarle con sus aclamaciones era tal, que difícilmente podian los gendarmes contener á la multitud compacta entre la cual habia algunos que acababan por prescindir de la consigna.

La salud del emperador es perfecta; contestaba con bastante amabilidad á todas las aclamaciones y vitores, que no tenian otra falta que la de ser á veces poco armoniosos.

Desde la llegada del emperador se celebran á menudo grandes maniobras.



## Revista de París.

Un amigo íntimo de Beranger, M. S. Lapointe, acaba de publicar unas «Memorias» sobre el gran poeta, que todo París lee en este momento con sumo interés. El objeto que se ha propuesto el autor en esta obra no ha sido el de glorificar al poeta, sino el de dar á conocer al hombre, presentando sus títulos á la estimación y cariño de sus contemporáneos. Inútil es añadir que ha conseguido sus fines; después de haber leído tan curiosas Memorias, no hay nadie que no se sienta poseído de una respetuosa ternura por Beranger.

M. S. Lapointe nos representa á Beranger en su interior, en medio de sus amigos, aprovechando todas cuantas ocasiones se le ofrecen de practicar el bien en provecho de sus semejantes: es una vida modelo. No pudiendo citar todas las anécdotas que contiene el volumen, extractaremos algunas de ellas.

Un día monseñor Sibour fue á visitar á Beranger.

— El mundo está organizado al revés, le dijo el cancionero; el derecho ocupa el puesto de la moral. No hay salvación para nosotros hasta que el deber tome la delantera y marche á la cabeza del derecho.

Estas nobles palabras conmovieron profundamente al arzobispo, que estrechó las manos del poeta.

— ¡Cuánto me fastidió! le dijo una señora muy rica.

— Haced limosnas, la contestó Beranger con presteza, y se acabará el aburrimiento.

Un italiano llamado Angeli, muy pobre y muy instruido, recibía de Beranger una corta pensión mensual, que había sabido doblar poniendo en práctica un expediente ingenioso, que era el de cobrarla cada quince días. La cosa duró algún tiempo; pero al cabo Beranger declaró al italiano que había caído en la cuenta, y añadió que en lo sucesivo no recibiría dinero hasta que el mes hubiese expirado. El hombre se incomodó, y dijo que estaba en la miseria.

— Apelaré á un recurso muy sencillo, exclamó: voy á escribir artículos contra vuestras canciones y los publicaré en un diario religioso.

— ¡Magnífica idea! contestó Beranger; pero como no sabéis escribir en francés, yo corregiré las pruebas de esos artículos.

Mucho espacio necesitaríamos si hubiéramos de hablar aquí de los socorros dados á los pobres, los préstamos á los literatos y á los obreros, las pensiones á los artistas, las recomendaciones para procurar la entrada á los ancianos en las casas de caridad, etc., etc. Beranger era omnipotente para dispensar beneficios. Nunca pedía nada para sí, y continuamente pedía para el prójimo. Y esto después de dar cuanto poseía. Los ricos le tenían por pobre; pero los pobres, á juzgar por lo que recibían, debían suponerle una riqueza inagotable. Sin embargo, nunca pudo reunir una docena de camisas en buen estado, y se acostaba entre una sábana doblada para economizar el dinero de los pobres.

Un día Beranger arroja dos sueldos en el sombrero de un menesteroso; un caballero que pasaba dice á este:

— ¿Quieres cinco francos por esos dos sueldos?

— ¿Por qué? exclamó el pobre.

— Porque es Beranger quien te los ha dado.

— Entonces me quedo con ellos, dice el mendigo.

Un rico banquero deseaba ardientemente conocer á Beranger y no sabía cómo presentarse en su habitación. Una mañana encuentra á su zapatero con un par de botas en la mano.

— ¿Dónde vas, Francisco? le pregunta.

— A casa de Beranger á llevarle estas botas.

— ¿Qué felicidad! dijo el banquero sonriendo.

De súbito cruza una idea por su mente; se apodera de las botas con ánimo de entregarlas en persona á Beranger, dándose por el mozo de Francisco.

La conversacion del poeta con el zapatero improvisado abunda en cosas divertidas; nuestro hombre comete torpeza sobre torpeza.

Por fin, Beranger le despide poniéndole en la mano un franco de propina. El banquero lleva la moneda entre los sellos de su reloj, y cuenta á todo el mundo cómo la ha ganado.

Beranger hizo esta profecía á Luis Blanc que componía versos en su juventud.

— Tu vocación no es la poesía, sino la historia.

El ilustre cancionero vivía en Tours. Una tarde un coche se detiene á la puerta de su casa, un joven se apea y pregunta por Beranger:

— Buenos días, príncipe, le dice el poeta. Habriais debido prevenirme para que recibiera vuestra visita de un modo mas digno.

— O para que me cerrárais vuestra puerta, respondió el duque de Orleans que era el visitante.

La conversacion fué larga, y se trataron en ella los asuntos mas elevados. El duque de Orleans pidió consejos á Beranger, y este le dijo cosas que le produjeron la mas viva impresion. Al despedirse el príncipe le tomó ambas manos y le dijo:

— Si un día debo yo cargar con el poder, os nombraré ministro del Interior.

Beranger estimaba mucho al duque de Orleans.

Aquí damos punto á las citas. De estos rasgos podrian sacarse á centenares en el libro de M. S. Lapointe.

Entre los extranjeros de alto rango que han visitado en los últimos meses la capital de la Francia, se cuenta un inglés fanático por las celebridades de nuestros días. Este rico insular posee un album inmenso cuyas páginas son otros tantos autógrafos de escritores y personajes notables de todos los países en todos los ramos, en política, literatura, artes, administracion, hacienda, etc. No hay para qué decir que el album en cuestion se ha enriquecido este verano en

París con nuevas firmas, pues el inglés aprovecha su residencia en todos los pueblos que recorre para aumentar su rica coleccion.

El precioso album fué presentado en agosto último en casa de un banquero de fama, que al pronto creyó ver un libro de partida doble á pesar de los cantos dorados. Sin embargo, al recorrer despues aquel adorable conjunto de dibujos, de prosa, de notas y de poesías, donde debía él introducir algo de su cosecha, hubo de preguntarse un instante si haría mal allí la cotizacion de la Bolsa del día estampada por su propia mano. La idea era original y de una propiedad incontestable.

Mientras reflexionaba en esto, por hábito mas que por otra cosa, echó su firma al pié de la página. En aquel momento le interrumpieron, cerró el album, le olvidó y pasó al cuarto contiguo adonde le llamaban sus negocios.

El libro del inglés caía luego en el estudio de un artista, M. D..., donde se confundía sobre un sofá entre un monton de papeles. Llegaron algunos amigos del pintor y principiaron á hojear el album.

— ¡Vaya un hombre insolente! exclamó uno de estos amigos.

— ¿Quién?

— El banquero M... que no ha hecho mas que poner su apellido y su rúbrica.

— Sí, pero es una firma que vale mucho.

— Valga lo que quiera, me parece una presuncion extremada.

— En nuestra mano tenemos el castigo.

— Pues aplícasele.

Y el hombre que habia hecho aquella observacion toma una pluma y escribe en la página blanca sobre la firma las palabras siguientes:

«Páguese á la órden de M. D... la cantidad de dos mil pesos, valor de dos paisajes que le he encargado.»

Y mas abajo:

«He recibido la cantidad susodicha, dia tantos, etc.»

— Firma pues, amigo mio.

El pintor firmó riendo. Arrancaron la hoja, y algunas horas despues M. D... recibía los dos mil pesos fuertes.

A fines del mes el banquero tuvo conocimiento de la burla. Un mozo le presentó dos cuadritos y el cajero su órden pagada; el hombre comprendió lo sucedido, y tomó el partido de figurarse que habia encargado hacer aquellos dos paisajes.

Un periódico de teatros del domingo cuenta una curiosa anécdota.

Parece ser que el director de un teatro de los principales de París se hallaba hace pocos dias en su gabinete ocupado en un asunto muy sério y escabroso, en escribir cuatro palabras á un autor diciéndole que no le convenia su drama, cuando le anunciaron una visita que vino á distraerle en su pesada tarea.

Mandó que pasaran adelante, y vió entrar á una joven muy linda: fisonomía expresiva y noble, traje elegante, modales finos; todo en ella inspiraba desde luego una simpatía respetuosa.

— Vengo á pedir á Vd. un favor, mi ajuste en su teatro.

El director incluyó la cabeza.

— Soy viuda, caballero, prosiguió la dama; tengo veinte y cinco años y poseo cinco mil pesos de renta, lo que equivale á decir que no pretendo sueldo alguno.

El empresario se inclinó nuevamente, y sonriéndose respondió con voz suave:

— Me alegraría infinito poder complacer á Vd. en lo que me pide; pero me dispensará Vd. que le haga una pregunta.

— Como Vd. guste.

— ¿Conoce Vd. el teatro? ¿Se ha ejercitado Vd. en el arte?

— Sí señor, he recibido lecciones de un gran maestro, y creo haber aprendido alguna cosa.

— Entonces me apresuro á confesar que deseo ver á Vd., y si el talento iguala su hermosura, la pronostico á Vd. un triunfo brillantísimo.

— La profecía me agrada sobremanera; sin embargo, he dicho que no deseo dinero, y ahora añado que tampoco estoy ansiosa de gloria. Quiero salir al teatro, no para tener un oficio, sino para cumplir con una mision.

El director hizo un ademán que queria decir:

— No entiendo; explíquese Vd. claramente.

La dama notó la pantomima, y se expresó de esta manera:

— No me traen aquí ni el interés ni la vanidad, sino que vengo impulsada por mi conciencia, y suplico á Vd. que me ayude á cumplir el deber que ella me dicta. Si anhele salir á las tablas, es para ser útil á mis semejantes; no ambiciono ni pretendo sus aplausos, busco la salvacion de sus almas, y ante todo debo declarar á Vd. que solo trabajaré en aquellas piezas que haya yo encargado y pagado á los autores. Si es necesario fundaré un concurso y ofreceré premios. Las bellezas literarias de una obra no servirán de obstáculo para que yo la acepte; pero su primer título ha de ser la mas escrupulosa moralidad. Quiero comedias en que se presente al vicio en ridículo y con odiosos colores, y donde la práctica de la virtud se halle rodeada de seducciones y salga siempre triunfante. Es toda una reforma, pero una reforma radical. Tales son mis proyectos; vea Vd. si le conviene secundar esta buena obra.

Y habiendo hablado así, se levantó con aire sereno y se dirigió á la puerta. El empresario la siguió maquinalmente hasta el corredor, la saludó con la gracia de un autómatas, y un instante despues se hallaba otra vez sentado delante de su mesa reflexionando profundamente en lo que habia oido.

Hasta ahora no ha llegado á nuestra noticia cuál ha podido ser el resultado de su meditacion; el lance debe dar que pensar á un director de teatros acostumbrado á oír otros ofrecimientos y otras proposiciones; pero en resumen nos

parece que en el caso en cuestion puede prometerse beneficios seguros. — Esperaremos su respuesta.

La aventura es tanto mas extraña, cuanto que los cómicos, si son aplaudidos, pagados y admirados en París mas que en ninguna otra parte del mundo, en cambio la sociedad francesa los mantiene siempre á cierta distancia y como encerrados en un círculo del que les prohíbe toda salida rigurosamente. No estamos ya en el tiempo en que les negaban la sepultura en lugar sagrado, pero sí existen las mismas preocupaciones contra ellos, sobre todo en las clases altas. Véase hasta dónde puede llegar esta repulsion cuando se trata de relaciones íntimas.

A principios de este verano una baronesa anciana conocida en los salones aristocráticos de París por sus pretensiones exageradas de nobleza y su mucha devocion, se fue á unos baños de los Pirineos y se apeó en una fonda. La primera vez que se sentó á la mesa se encontró al lado de una joven muy distinguida y elegante. La dirigió la palabra, y notando que no carecía de entendimiento prosiguió la conversacion. Al cabo de algunos minutos de coloquio las dos damas se dijeron que habian nacido en la misma ciudad, y que tenian muchos conocimientos allí que les eran comunes.

Este descubrimiento fué agradable para entrambas, y pronto se hicieron amigas íntimas. En breve la baronesa escribió á su marido:

«Amigo mio: He encontrado aquí á una señora que es de nuestro mismo pueblo; estoy siempre con ella, porque me gusta infinito su compañía.»

Y le decía su nombre.

El baron tomó informes sobre la dama, y con asombro llegó á saber que era una cómica de provincia.

Sin embargo, á fin de no alarmar á la escrupulosa baronesa, y para que no rompiera de repente unas relaciones que la agradaban, no la dió parte de lo que habia averiguado. Esperó á que hubiese vuelto de los Pirineos, y entonces la dirigió la palabra de este modo:

— Amiga mia, desde que nos casamos he sido completamente feliz, y ambos hemos pasado ya de los cincuenta sin que el menor contratiempo haya venido á turbar nuestra buena armonía. La única queja que he podido tener ha sido muy ligera, y justamente cesa de existir en este momento. Procedía del exceso de un sentimiento laudable; tu devocion se alarmaba sin fundamento cuando se trataba de los placeres mas sencillos, nunca has querido poner los piés en un teatro, y con dolor veias que yo frecuentaba esos

«lugares de perdicion»; actores y actrices fueron siempre á tus ojos gente de mala vida y costumbres. A menudo he tratado de combatir ideas tan injustas, aunque en vano, y hoy me felicito al ver que has renunciado á ellas espontáneamente. A Dios gracias reconoces que á cada cual se le debe juzgar por sus obras y no condenar en masa á todos los que se dedican á la carrera teatral: te repito que este cambio me llena de júbilo.

La baronesa en el colmo del asombro respondió:

— Te estoy escuchando, amigo mio, pero en verdad no acierto á comprender lo que quieres decirme. Mis ideas, sean preocupaciones ó no, han sido y serán siempre invariables por lo que toca al teatro y á los cómicos.

— Entonces no puedo entender lo que dice esta carta. En ella me hablas de la dama X... y con elogios nada escasos.

— Nada mas natural; esa señora es una persona que yo estimo, es una de mis mejores amigas, aunque no hace mucho que la conozco. Pero ¿qué relacion existe entre ella y las gentes de que hablas?

— Esa señora recomendable bajo todos conceptos y que llamas tu amiga, es una cómica.

La intolerante baronesa pasó mucho tiempo antes de reponerse del susto que la causó esta revelacion. Rompió todas sus relaciones con la actriz, aunque prometió á su marido que le acompañaría al teatro una noche que ella trabajase. Quiere decir que á los cincuenta y tantos años verá por primera vez una comedia; ¿quién sabe si una aficion tardía será el castigo de una ignorancia teatral tan extraordinariamente prolongada!

MARIANO URRABIETA.

## El Papa en Florencia.

El *Monitor* inserta una carta de Florencia fechada el 26 de agosto último, que explica perfectamente nuestros dibujos. Dice así:

«El papa hizo su entrada en Florencia el 18 de agosto á las cinco de la tarde. Su Santidad venia con el gran duque en un carruaje de seis caballos que precedía un prelado á caballo, llevando la cruz pontifical. El papa se detuvo primeramente en la iglesia metropolitana, donde fué recibido por el clero y donde asistió á la salva, y luego pasó al palacio de Pitti. Sobre el balcon principal del palacio se habia elevado un dosel; el papa vestido de sus ornatos pontificales, salió al balcon y dió solemnemente su bendicion á la muchedumbre reunida en la plaza Pitti. La morada gran ducal, los edificios públicos y la mayor parte de las casas particulares se iluminaron al anochecer. Su Santidad salió por la noche y recorrió la ciudad para ver el aspecto que presentaba.

» Al otro dia, el 19 de agosto, Pio IX despues de haber recibido los homenajes del cuerpo diplomático y de los caballeros de San Esteban, visitó varias iglesias y establecimientos caritativos. El 20, acompañado de la familia gran ducal, asistió en el magnífico salon de los quinientos, en el Palacio Viejo, á un concierto de música religiosa que dió en su honor la municipalidad de Florencia. Una sociedad muy escogida habia sido con-





Recepcion del papa en Florencia.

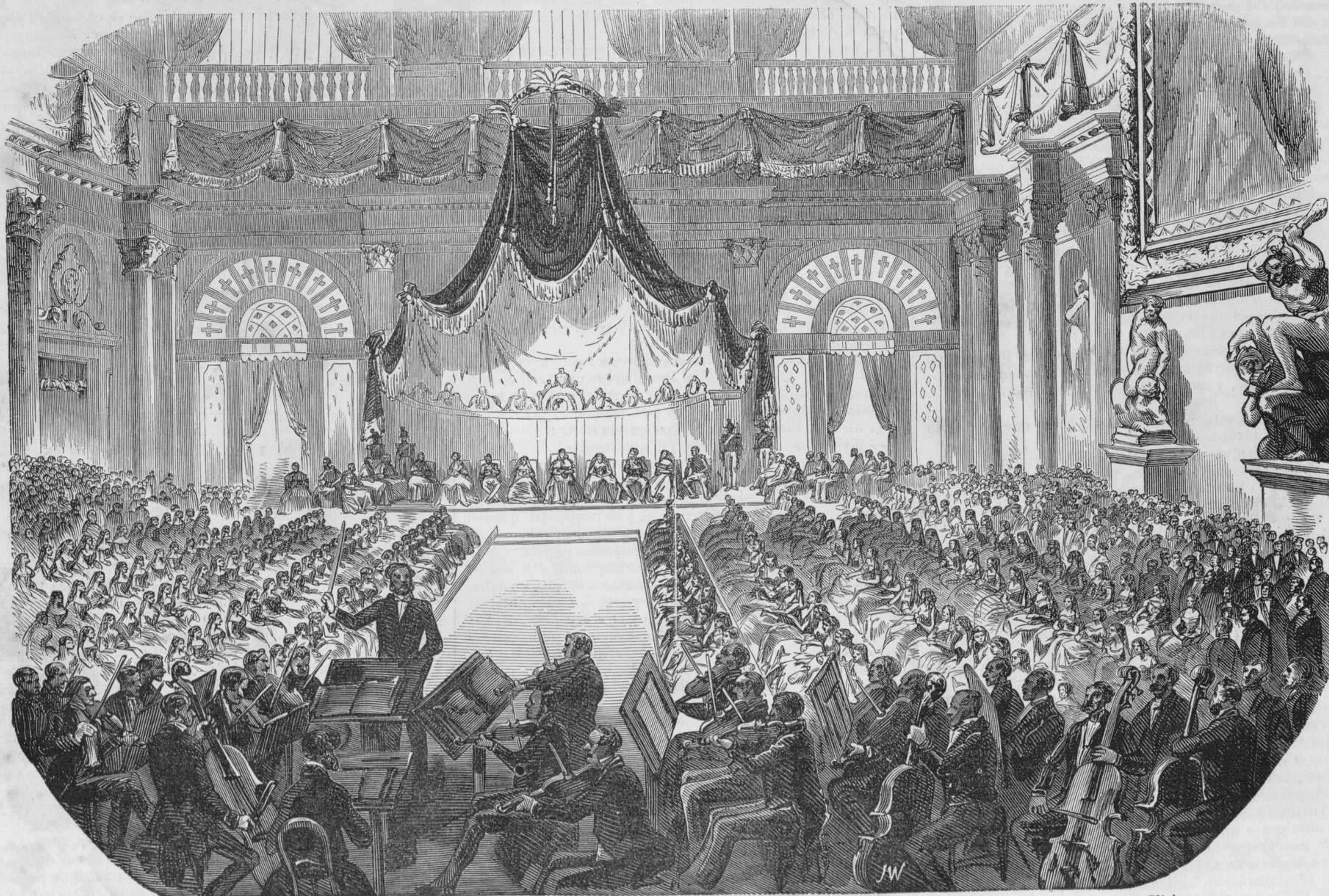
vidada á este concierto, donde todo el mundo quiso demostrar el respeto que inspiraba la presencia del jefe de la Iglesia.

» Los dias siguientes fueron empleados por el sumo pontífice en visitar á Florencia, y por todas partes Su antidad recogió muestras de universal simpatía. El do-

mingo 23, el papa ofició en la iglesia metropolitana de Florencia y consagró á cuatro obispos promovidos recientemente á diferentes obispados de Toscana. Esta ceremonia que se llevó á cabo con mucha pompa, habia atraído una muchedumbre de espectadores de todas las partes del gran ducado.

» El lunes 24, Pio IX salió de Florencia en direccion á Pisa acompañado del gran duque y de toda la familia gran ducal.

« Esta visita que dejará recuerdos muy duraderos en los anales de Toscana, fué favorecida por un tiempo magnífico. »



Gran concierto de música religiosa dado en honor de Su Santidad por la municipalidad de Florencia en el salon de los Quientos, en el Palacio Viejo.





Desposorios del gran duque Miguel con la princesa Cecilia de Baden. — Procesion imperial en los aposentos de Peter-Hoff.



Ceremonia de los desposorios en la capilla del palacio de Peter-Hoff.



## Desposorios

DEL GRAN DUQUE MIGUEL NICOLAÉVITCH CON LA GRAN DUQUESA CECILIA DE BADEN.

San Petersburgo 5—17 de agosto de 1857.

Vamos á introducirnos en la iglesia del palacio de Peter-Hoff para asistir á una de esas fiestas de familia que se celebran con tanto brillo en la corte de Rusia.

Durante dos días, el sábado y el domingo, el camino que de San Petersburgo conduce á esa deliciosa residencia, camino adornado á los lados con preciosos vergeles y frescas casas de campo, estaba sureado por una multitud de carruajes. Los ferro-carriles y los vapores á pesar de haber doblado el servicio eran insuficientes; todo lo que en aquel momento de emigración universal no abandonó la ciudad de Pedro el Grande, se dirigía en columna cerrada hácia las sombras frondosas por donde despuntan las cúpulas doradas del palacio. Peter-Hoff (creo haberlo dicho ya) es una mezcla de jardín regular y de jardín inglés. Al lado de las avenidas tiradas á cordel, hay otras que serpentean caprichosamente en torno de la verdura, y lo que aumenta el encanto de tan bellos lugares es que puede uno pasearse por ellos en coche. A cada instante rápidos droschkys, elegantes carretelas pasan á escape como una vision fantástica cargadas de señoras con prendidos soberbios, y por último la gente que va á caballo contribuye á dar animación á esos jardines de Armida.

Y ahora falta añadir que por todas partes se ven fuentes y surtidores que corren todo el día, que se tiene á la vista la hermosa rada de Kronstadt, y en lontananza se descubren las cúpulas doradas de San Petersburgo bañadas en una bruma luminosa y que el sol hace brillar como diamantes. La presencia del emperador en estos sitios y la esperanza de ver á la joven princesa que viene á completar la familia imperial, ¿no justifica bien que durante dos días San Petersburgo se quedase sin un alma?

El primer día sábado 3—13 de agosto tenía lugar la confirmación de la futura gran duquesa de Rusia. «Tu Dios será mi Dios,» dice Ruth á Booz. — Toda princesa que contrae alianza con la familia imperial de Rusia abraza el culto que profesa su esposo. Vestida de blanco como una neófita, peinada sin mas adorno que sus cabellos, la princesa, antes Cecilia de Baden, hoy Olga, marchaba por los suntuosos aposentos del palacio precedida por el emperador que daba el brazo á la emperatriz madre; el gran duque Miguel su futuro esposo iba á su lado sin darla el brazo.

Marchaban despues en este orden, el czarevitch gran duque heredero, acompañado de sus dos jóvenes hermanos, los grandes duques Alejandro y Vladimiro, luego el gran duque Constantino y su esposa la gran duquesa Alejandra Josephovna seguidos del gran duque Nicolás y de la gran duquesa Alejandra Petrovna. — Detrás iban los príncipes Guillermo y Carlos de Baden, el príncipe Pedro de Oldenburgo y la princesa su esposa, y los príncipes Nicolás y Alejandro de Oldenburgo.

Abrian el cortejo los furrieles de la corte y de la cámara del emperador, seguidos de los maestros de ceremonias y del gran maestro de ceremonias; detrás iban los gentiles hombres de cámara y los sumillerres, y en fin, precediendo inmediatamente al emperador los grandes dignatarios de su corte, entre los cuales distinguí al conde Schouvalloff, gran maestro del palacio, con las insignias de su empleo, con baston de plata terminado por una esmeralda de un precio fabuloso coronada con el águila de dos cabezas de Rusia.

Detrás de SS. MM. iban el conde de Adlerberg, ministro de la casa del emperador, un edecan general, un general mayor de la comitiva y el edecan de servicio. Las damas con su traje ruso, mangas perdidas y kakochnik de velo largo formaban dos hileras en el salon que precede á los aposentos interiores, y se fueron mezclando al cortejo que acompañaba á la familia imperial hasta la capilla, por en medio de aquellos salones llenos de militares de todos grados, revestidos de esos espléndidos uniformes del ejército ruso que tan bien saben llevar en las fiestas y en las batallas.

En la capilla se hallaban reunidos los miembros del consejo del imperio y el clero. En otras ocasiones he hablado de la riqueza de los ornatos sacerdotales del culto griego, de la hermosura de los cánticos y de las buenas voces de los sochantres de la capilla, de modo que no insistiré hoy en nada de esto.

Los miembros del santo sínodo y el alto clero recibieron á SS. MM. á la entrada de la capilla, y una vez que el emperador llevó á la princesa Cecilia cerca del metropolitano, se procedió, segun el rito ordinario de la Iglesia, á la ceremonia de la confirmación que fué seguida del servicio divino; en seguida, despues del ofertorio, S. M. la emperatriz madre llevó á la princesa recién confirmada á la adoración de las santas imágenes, y la presentó á la comunión.

La vuelta á los aposentos tuvo lugar en el mismo orden y con el mismo cortejo que al marchar á la capilla.

Al otro día debían efectuarse los desposorios: igual afluencia que en la fiesta anterior, y mas esplendor aun, puesto que el número de convidadas era superior. Asistía el cuerpo diplomático, que se reunió en la capilla con el consejo del imperio y los miembros del clero. En los salones ví algunos negociantes rusos y varios extranjeros con sus señoras.

El cortejo en los aposentos era como el del día anterior. Cuando SS. MM. llegaron á las puertas de la ca-

pilla, fueron recibidos por los miembros del santo sínodo y el alto clero.

En medio de la capilla se elevaba un estrado cubierto de terciopelo encarnado con galon de oro; en medio había un atril con los Evangelios y la cruz. Los anillos de los desposorios se hallaban sobre el altar en una bandeja de oro.

El rito greco-ruso no permite que haya asientos en las iglesias, de modo que todo el mundo ha de estar de pié. El emperador al llegar á la capilla condujo al gran duque Miguel y á la princesa Olga (Cecilia de Baden) al centro del estrado delante del atril, y volvió á colocarse cerca de la emperatriz madre en el ángulo izquierdo de la iglesia; al otro lado estaban los grandes duques y sus esposas con los príncipes extranjeros.

Entonces comenzó la ceremonia de los desposorios: despues de las oraciones acompañadas con hermosos cánticos, en el momento designado por el ritual, el anillo destinado al gran duque Miguel fué presentado por el confesor de S. M. el emperador, y el anillo destinado á S. A. la princesa Olga Federovna lo fué por el gran limosnero de los ejércitos de tierra y de mar. Ambos se entregaron á S. E. el metropolitano de San Petersburgo y Novgorod quien, durante la oración de costumbre, los puso en los dedos de los augustos desposados. En aquel momento S. M. la emperatriz adelantándose sobre el estrado, hizo el cambio de los anillos al ruido del cañon, que por algunos instantes dominó los cánticos sagrados.

Estaba consumado el compromiso solemne que ligaba á los futuros esposos, y estos bajando del estrado, fueron á dar gracias al emperador y á la emperatriz madre. Quizá el ceremonial lo prescribía así, pero lo que no podía dictar es la efusion con que el hijo se arrojó en los brazos de su madre y de su hermano, la tierna modestia con que la joven princesa recibió los primeros besos de su nueva familia, y la expresion paternal y fraternal á la vez que se pintó en el noble rostro del emperador.

Un *Te Deum* solemne terminó esta interesante ceremonia que no es sino el prefacio de la que tendrá lugar dentro de algunos días en San Petersburgo: entrada majestuosa en la vasta perspectiva Newsky, cuya existencia á nadie le es dado ignorar, y luego bendición nupcial en el palacio de invierno que se ha levantado de sus cenizas, mas suntuoso que antes de que el incendio devorase tantas riquezas, todo eso verá el lector, por mi ojo en verdad, pero trataré de ver con detenimiento.

P. BLANCHARD.

## UNA DE TANTAS.

Decididamente el siglo que atravesamos es el siglo de mas luces, el mas rico... en teorías, el mas libre y campechano de cuantos van trascurridos desde el diluvio acá. Es cosa de chuparse los dedos de gusto cada vez que se considera uno alistado, aunque forzosamente, en las beneméritas filas de los nunca bien ponderados hijos del siglo diez y nueve. Y adviértase que al hablar de hijos, incluyo en tan numerosa prole al género femenino, y á las campanudas pollitas, de encabalgados quevedos, aderezada cabellera, rostro pintado al pastel, microscópico talle y ojos tocando á rebato, que bullen, saltan y triscan por todas las calles, plazas y plazuelas de la coronada villa.

Pasaron ya los tiempos en que casi todas las muchachas tenían prohibición expresa de sus padres de coger la pluma con la mano, no fuera el diablo que, cansadas de palotes y de mayúsculas, concluyeran por escribir á sus novios cartitas amorosas; aquellos tiempos en que el *Almacen de los niños*, el *Gulliver*, *Wanton* ó el *pais de las monas* eran los únicos libros que en los días de fiesta ó en las largas veladas de invierno, despues de unas cuantas horas de calceta, hacían las delicias de aquellas pobres reclusas que, ocupadas por lo regular toda la semana en los quehaceres domésticos, solo salían los domingos á lucir al Prado su escurrido traje de jerga ó el mas moderno de alepin de la reina.

Hoy día la decoración ha cambiado por completo; las jóvenes tienen permiso para aprender á escribir toda clase de letras y palotes, incluidas declaraciones de amor, si es que no se sienten inspiradas del sacro númen, en cuyo caso truecan la aguja por la lira, y hacen sonetos en vez de dobladillos, y repasan en busca de un consonante las hojas del *Diccionario de la rima*, en vez de reparar la ropa del lavado. La autoridad paternal ha franqueado la entrada en el hogar doméstico con abolición de toda clase de registros, gabelas y derechos á cuantos libros llaman á su puerta, y han sido declaradas aptas para pasearse, leer y andar de tiendas y vistas los 365 días del año.

Veamos por gusto cuál es la vida que hace en Madrid una pollita *pur sang*, una niña á quien pronto obligará el ayuno, y que viste por figurin y vive por máquina.

Por supuesto que para ella no hay estaciones, ni cambios políticos que la hagan variar ni un ápice su linea de conducta, poco conforme con los preceptos evangélicos y las preguntas y respuestas del Catecismo de Ripalda, pero en un todo adaptada á las prescripciones del catecismo de la moda que se sabe de memoria desde la cruz á la fecha. Amanece siempre para nuestra heroína entre diez y once de la mañana, hora en que abre los ojos, da un beso á la perrita que duerme á su lado, y á fuer de buena cristiana recita entre dientes las oraciones de costumbre. Vestida por mediación y obra y gracia de la doncella y apurado el indispensa-

ble chocolate se dirige, si es día de misa, á la iglesia á cumplir con el primer mandamiento de la misma y tratando de cumplirlo al mismo tiempo que el regimiento acuartelado en su calle, y que la proporciona el placer de oír misa con música, ó por mejor decir, música con misa. Ya se ve, la misa á secas son ya tantos latines, que es preciso amenazar la ceremonia un poco.

Su devoción no es de las mas edificantes, y mientras la banda toca un bolero ó algun aria de la *Traviata* entre un *Dominus vobiscum* ó un *mea culpa*, la niña gira su cabeza á Sur y á Norte, á Oriente y á Occidente, y hace giños á un militar ó muecas á un paisano. Acabada la misa torna á su casa á emprender la *peñaquada* tarea de su peinado y á satisfacer la *apremiante* necesidad de vestirse. Ni Alejandro Magno, ni César, ni la gripe, ni los mirriñaques han dado ni darán mas guerra que su *dichoso* peinado, como diría la doméstica. «Mira, María, aquí tengo un claro.» «Sácame la raya á la izquierda.» «¡Jesus, qué tirones!» «No aprietes tanto el moño.» «Parece que me han peinado los gatos» etc. etc. Y entre estas ó parecidas exclamaciones pasan holgadamente dos ó tres horas.

Al fin refunfuñando y no del todo satisfecha, da por terminada la operación de la cabeza, y entra de lleno en los horrores de su vestimenta. El corsé, torniquete en regla, es el primer cilicio que trata de ajustar á las caderas, y que hace sudar la gota tan gorda á la pobre doncella que, trencilla en mano, hace hincapié sobre un taburete para tirar mejor y con mas comodidad. Encarcela luego sus piés en unas botitas de charol mas estrechas que bolsa de avaro, se ensarta amen de mirriñaque unas cuantas docenas de enaguas almidonadas, mas duras que una pared de medianería, y mas temibles para los tobillos y espinillas del sexo feo que acera desnivelada ó pedrada de granuja; echa encima de este sistema de fortificación una funda de terciopelo, varege ó seda con dos varas de cola para ahorrar á los barrereros de la villa el trabajo de recoger la basura de las calles, y héteme ya á la pollita, despues de otras menudencias de cintas, cuello, lazos, etc., en disposition de botarse á la calle.

Si es día de trabajo no deja de recorrer las tiendas aunque no vaya de compras, lo que se explica fácilmente al considerar que la niña va indirectamente á ponerse de venta. Visita luego á sus amigas, asiste á los grados de la universidad, y no falta á las sesiones de Cortes en que se anuncian interpelaciones y borrascas, sin duda con el fin de ver si alguno de aquellos padres de la patria tiene la feliz idea de votarla por su esposa en la vicaría, aspirando así á ser padre de veras. Para finalizar dignamente el día, baja al Prado á la tardecita, cuando ya está helando en el invierno y de noche cuando ya están encendidos los faroles en verano, y allí luce su habilidad y sus conocimientos nada comunes en el arte de la esgrima oscular amatoria y en la ciencia de la coquetería femenil.

Por la noche ó va al teatro, ó en alas de Tersipcore se lanza á algun baile de manga larga ó de manga corta (que para el caso es lo mismo) donde hace *furor*, como ahora se dice, entre los pollos que la traen siempre en movimiento y que se disputan el honor de ceñir su talle, y da suficiente materia á las murmuraciones de las mamás y demás gente pasiva que, mientras los bailarines ponen en juego los piés, no dejan ni un momento de reposo á la sinhuera. Artículo aparte merecería la descripción de uno de los bailes de hoy día, y á fe de pollo con puntas de gallo, que como no me falten pluma, tintero y papel, no ha de tardarse mucho en que yo os fotografíe una de esas reuniones coreográficas, delicioso cosmorama en que vereis desfilar una á una las figuras mas caprichosas y mas dignas del pincel de Goya que os pudisteis imaginar ni aun en sueños.

Pero no adelantemos las cosas y volvamos á nuestro cuento. La pollita nunca se da por vencida en el baile, y aunque cuente ya bailadas diez polkas, ocho redowas y seis varsovianas, aun se cree capaz de despachar holgadamente otra ración igual. Llegada la hora del desfile general torna á su morada, donde arrojando con desden sobre una silla sus galas y atavíos, busca en el sueño un benéfico reparador que la habilite para volver á repetir al otro día idéntica ó parecida función.

Hé aquí la vida de una de tantas madrileñas, y el patron por donde cortan la suya otras muchas que las imitan en esto á las mil maravillas.

¿Y quien tiene la culpa de todo esto? La respuesta está al alcance aun del menos perspicaz. La educación que hoy día se da á las muchachas es la principal causa de ese desorden y desconcierto que imposibilita los matrimonios, ó es manantial fecundo de contrariedades y disgustos en los ya contraidos. ¿Qué empleado de ocho mil reales se atreve á obligarse en la vicaría á unirse por toda la vida á una niña por el estilo de la que hemos bosquejado, tipo que por desgracia constituye la inmensa mayoría del bando juvenil femenino? Sería preciso que se volviera loco.

Hoy reciben todas una educación completa, esmeradísima, al nivel del siglo; educación que las mas ricas van á buscar al extranjero, donde olvidan el idioma y las costumbres de su patria, y que las menos acaudaladas (casi la inmensa mayoría) saborean en alguno de los infinitos colegios de señoras que la corte encierra.

Pero dejemos á un lado reflexiones filosóficas y vamos á los hechos. Ahí va la siguiente historieta que viene muy á pelo para ilustrar la cuestion.

— Desengáñate, Policarpa, es preciso tomar un partido, decía don Eleuterio Expedientes, antiguo empleado de Hacienda, á su muy cara esposa, cierta mañana en que ambos cónyuges, segun inmemorial costumbre,



se hallaban sumamente atareados en desocupar los respectivos enormes pocillos de chocolate que por estatuto les correspondían. Anita va á cumplir diez años, y es necesario que salga de las faldas de su mamá y que su cabezita comience á pensar en cosas más serias que jugar á las muñecas, poner cintas y cascabeles al gato, y atrapar á hurtadillas algún racimo de uvas ó algún pedazo de turrón.

— Pero dime, Eleuterio, exclamó doña Policarpa dejando suspendido entre su boca y la jicara un soberbio remojón: ¿no sería preferible, puesto que no es rica y que siempre tendrá que dedicarse á las faenas domésticas, que permaneciera á nuestro lado, y se fuera así acostumbrando al manejo de la casa y á nuestro modesto género de vida?

— Nada, nada: tú eres demasiado buena, demasiado blanda de genio.

— Y huyendo de un escollo vas á caer en otro, repuso doña Policarpa, que al querer llevar el remojón á la boca, se halló con que gran parte de él se había desmoronado y caído dentro del anchuroso pocillo.

— Lo he pensado con madurez, prosiguió don Eleuterio, y estoy decidido á que entre de pupila entera desde el mes que viene en un colegio politécnico de señoritas.

— ¿Poli.... qué? preguntóle su consorte: vaya un nombre raro.

— Politécnico, que aunque no sé qué quiere decir, deberá ser una cosa muy buena á juzgar por el reglamento que la directora me dió ayer tarde y que obra en mi poder.

Y al decir esto sacó de uno de los bolsillos de su bata y echó sobre la mesa un folleto con cubierta de color.

— Lee, lee, dijo á su esposa al ver que esta alargaba la mano para cogerlo. La enseñarán francés, baile, dibujo...

— ¡Once reales diarios, sin contar hilos, lápices y otras menudencias! le interrumpió doña Policarpa leyendo.

— Aprenderá á hacer flores, frutas...

— Necesita un catre de acero, docena y media de camisas, idem de pantalones, idem de enaguas, idem de miriñaques.

— Podrá dedicarse al canto, á tocar el arpa, el piano.

— Idem de batas, idem de corsés, dos trajes de calle completos, azules con cabos blancos.... Vamos, ni el equipo de un regimiento.

— Se hace todo y cuento concluido. Y don Eleuterio sorbió-e, al decir esto, el chocolate restante, limpióse con el pañuelo la punta de la nariz, y volviendo á llenar la jicara, á usanza frailuna, de agua fresca del botijo, se echó á pechos aquel nuevo líquido tan á propósito para que la dentadura no se dañe.

De suponer es que doña Policarpa tratase por todos los medios imaginables de disuadir á su esposo de semejante idea; pero inútiles debieron de ser sus esfuerzos, cuando al cabo se decidió á equipar á Anita conforme al reglamento, y fue el primero del mes á llevarla al establecimiento de educación ó colegio politécnico de señoritas dirigido por doña Celedonia Pespuntes.

Era doña Celedonia el prototipo, la *vera efigies* de la directora de colegio, viuda, de edad madura, gruesa, amabilísima, adulatora y de muchísima trastienda, era la única para cacarear, afectando modestia, la buena asistencia y exquisita educación de su casa, zahiriendo de paso á los demás establecimientos de su clase; entendía de cuentas lo bastante para no echar en el puchero ni un garbanzo más de lo estrictamente necesario para el mantenimiento de sus colegialas; se levantaba á las diez, y solo cuando, según su cálculo, debían ir las familias ó los interesados de las niñas, se presentaba en la sala de costura para reñir en alta voz á las maestras por su descuido y negligencia para premiar á las más aplicadas y castigar á las revoltosas; y en fin, para aparentar un celo y una actividad en la enseñanza que estaba muy lejos de tener. Sabía por supuesto hacer distinciones y mostrarse más afable y cariñosa con las hijas de personas de alto rango y categoría que con las demás alumnas de una posición no tan elevada; todo con el loable objeto de que las primeras, merced á sus relaciones, la proporcionasen nuevas discípulas y se hiciesen lenguas de su exquisita é inusitada aptitud para la dirección de señoritas.

Excusado es decir que doña Celedonia, católica rancia y cumplida ciudadana, daba vacaciones por pascuas, canícula, semana santa y carnaval, y declaraba días de salida, con muy poco gozo de los papás, todas las fiestas nacionales, aperturas de Cortés, etc., etc., amen del día de su cumpleaños, del de su difunto esposo, y de otra infinidad de días y aniversarios que la señora tenía buen cuidado de no dejar pasar por alto.

Después de los lloros, besos y abrazos en semejantes lances acostumbrados, y después de las mil y una recomendaciones que doña Policarpa hizo á la directora, dirigidas todas á encargarla el cuidado más escrupuloso y la amabilidad más extremada para con su hija, cerráronse las puertas del colegio, y Anita ingresó en el gremio de las educandas de doña Celedonia.

Todo el día lo pasó la neófita gimiendo y llorando con toda la fuerza de sus pulmones; vino el siguiente día y ya dió por algunas horas treguas á su dolor; amaneció el subsiguiente, y ya no se acordó de llorar hasta el momento de ponerse á hacer costura, y en fin, antes de un mes ya se había conformado con su nuevo género de vida. De natural franco y simpático, bien pronto supo ganarse el cariño y la estimación de todas sus demás compañeras, que encontraban siempre en ella una amiga dispuesta á disculpar y encubrir sus

travesurillas y á prestarlas sus juguetes y muñecas. Amable y complaciente para con todas, simpatizó é intimó más su amistad con la traviesa Carolina, diablillo con faldas, cabeza de todos los motines y pronunciamientos que surgían en el interior del colegio, oráculo infalible, reina absoluta que ejercía una potestad despótica y tribunicia sobre sus demás compañeras.

Hija de una madre joven (viudita que daba bastante pasto á las murmuraciones del vulgo, y que se había desembarazado de la niña para vivir con más holgura) y dotada de una viveza extraordinaria y de un espíritu observador que ponía en movimiento con felices resultados, por desgracia, cuantas veces salía del colegio é iba á pasar las vacaciones á su casa; nada de extraño tenía que ya á los diez y siete años fuese una maestra consumada en picardías, y que se hallase en el caso de dar lecciones de mundo, como ella decía, á las inocentuelas que aun estaban con los ojos cerrados.

— No me gusta ni pizca la tal Carolina, decía doña Policarpa á su esposo; milagro será que no nos eche á perder á nuestra hija.

— Eh, déjala, mujer, contestaba don Eleuterio; esas son niñerías, amistades de colegio que se olvidan con la misma facilidad con que se contraen.

Carolina iba entre tanto imponiendo poco á poco en los arcanos de la ciencia estratégico-social á su crédula é inocente amiga.

— Señorita, se va Vd. haciendo muy holgazana, dijo un día doña Celedonia á Anita, es preciso coser más y charlar menos: de lo contrario me verá obligada á apelar al remedio del castigo.

Anita rompió á llorar.

— No seas tonta, la dijo Carolina *sotto voce*, no llores por eso; ten carácter; déjala que chille cuanto quiera y haz lo que yo, que por un oído me entra y por otro me sale.

Pocos días después Anita fué reprendida por la directora por haber estado riendo con Carolina durante la misa; pero esta vez *tuvo ya carácter*, y se contentó con bajar la cabeza y mirar de reojo con una sonrisita burlesca á su mentora y amiga.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

poquito de mimo y otro poquito de gimoteo habían hecho el milagro.

Así continuaron las cosas por espacio de cinco años, hasta que don Eleuterio, dando por concluida la educación de su hija, determinó sacarla del colegio no bien se verificaran los exámenes anunciados con bombo y patillos por doña Celedonia.

Acericos, dibujos, zapatillas y labores de todas clases, obras maestras de las que las colegialas habían sido insignificantisimas colaboradoras, fueron expuestas á la pública espectación en una de las salas principales.

Anita recitó como un papagayo un trozo de historia de España que de antemano había estudiado, tradujo línea y media del *Telémaco*, cantó al piano una canción andaluza, bailó el Jaleo de Jerez con muchísima sal y sandunga, y entre paréntesis (fué lo mejor que hizo), y con esto y con una coronita de laurel que doña Policarpa puso en un cuadro con marco dorado en el lugar preferente de la sala de su casa, se dió ya por suficientemente instruida y colgó, con ausencia de sus papás, el uniforme de colegiala. Había bordado dos gorros fríos, seis pares de zapatillas, enaguas, pañoletas y otras mil monerías. ¿Qué más se podía pedir ya?

— Anita, vas á hacer unas camisas para tu papá, díjole su madre un día, al mes de haber salido del colegio.

— Bueno, pero...

— Pero qué... ¿Pues no has hecho más de media docena en la pensión de doña Celedonia?

— Sí; pero las maestras nos las daban ya cortadas.

— Está bien; aquí tienes una ya cortada; ahora arreglate tú sola.

— Es que...

— ¿Otro tropiezo? Pues hemos adelantado bastante con los cinco años de pupila.

— Es que las maestras, después de hilvanarnos la costura, nos la empezaban.

— ¿Y no la acababan también?

— Cuando había prisas, ó lo hacíamos mal, ó se lo pedíamos encarecidamente, ó...

— ¡Basta, basta! ¿Y para eso he estado pagando los once reales diarios? ¿Colegios, colegios! ¿Farsa, farsa!

Doña Policarpa tenía razón. Anita solo sabía lo que en vez de serle útil podía perjudicarla. Tocaba el arpa y el piano, sabía francés y un poco de inglés, bailaba á la perfección; pero como decía doña Policarpa, para zurcir ropa blanca y para hacer sábano en la casa, para nada hace falta un solo de arpa ni de rigodon.

¿Y Carolina? Ayer traían todos los periódicos de la corte la siguiente gaceta:

«Fuga. — El domingo, á eso del anochecer, huyó de la casa paterna en compañía de su amado una joven recién salida de un colegio de señoritas. Se ignora el paradero de ambos amantes.»

¿Cuánto tardará Anita en seguir sus huellas? Para dentro de un mes aplazo la respuesta.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

Apuntes de un viaje á la India.

(Véanse los números 246 y 247).

(Conclusion).

En el año 1843 Lahera existía todavía con sus mágicos esplendores; la civilización, representada por los ingleses, no había pasado aun sobre su poesía de las *Mil y una noches* su nivel monótono. Retrocedamos, pues, hasta aquel tiempo y tomemos la posta con nuestro autor para llegar á Lahera antes que los ingleses. Pero ¡ay! la silla de posta es un palanquin, y los tiros son de hombres. Se cambia de mozos todas las horas si se quiere, y el gasto consiste en un chelin por milla inglesa.

Nuestro viajero principia por decir que llegó al campo de M. Clerk (el agente político inglés en el dominio de Lahera). «Ayer noche, continúa, me metí en el palanquin á eso de las diez, y me dormí profundamente. Como los mozos sikes sacudían un poco el palanquin, aunque iba por una llanura, me parecía en sueños que me llevaban sobre una montaña perpendicular y muy alta, y que al llegar á la cumbre donde hacia mucho frío, descubría á la claridad de la luna una ciudad soberbia. En aquel instante desperté, y ¡cuál no sería mi asombro cuando al saltar del palanquin me ví rodeado de druidas con antorchas encendidas en una llanura desierta y atumbrada por la luna!

» Aquellos druidas eran los mozos de palanquin sikes, los cuales debían relevarse en aquel sitio. Me miraban como con espanto, y al acercarme á ellos se retiraban. En efecto, yo debía parecer á sus ojos un ser bien extraño. Quizás no habrían visto hasta entonces un europeo. Se dice mucho mal de los sikes, pero á mí me parecieron buenos.

» Volví á mi palanquin, donde me dormí de nuevo, cuando de repente sentí un sacudimiento; eran los mozos que habían dejado caer el palanquin y le levantaban con presteza, pensando que yo les reñiría; pero yo no me incomodo por tales cosas. Poco después amanecía, y el camino se animaba con caballos, elefantes y ginetes sikes; en breve llegué al campo. Cerca de nuestras tiendas se hallaban las del comandante en jefe de las tropas indo-inglesas que llegó aquí para inspeccionar el ejército que marcha hacia el Afghánistan.»

Como esta política atrassada tiene poco interés aquí, no nos ocuparemos de las relaciones del rey Schir-Sing



con el enviado del gobierno inglés, prefiriendo hablar de la presentación de nuestro viajero en la corte del rey.

« ¡Qué espectáculo! Apenas podía creer lo que estaba viendo. Todo resplandecía de pedrerías, los colores mas vivos en las líneas mas extrañas y armoniosas. Era un jardín verde esmaltado de una muchedumbre de sikes amarillos, rojos, color de rosa, blancos, oro, plata, verde, lila y azul, con trajes de una forma única, todos armados y cubiertos de pedrerías. Estaban sentados, pero al acercarnos nosotros se levantaron en masa.

» Entre aquella multitud estaba el rey que nos salió al encuentro, un hombre pequeño y rechoncho, bastante feo y con las alhajas mas preciosas que puede haber en el mundo. En el brazo derecho llevaba el diamante mas hermoso que existe, el Kuirnur. Besó á M. Clerk, y nos hizo sentar en unas sillas de plata, en tanto que él y sus favoritos se sentaron enfrente de nosotros en sillas hechas con dorados de Holanda fundidos, así como los banquillos de los piés.

» Desde que nos habíamos apeado de los elefantes marchábamos sobre pañuelos de cachemira. Cuando me senté pude descubrir que todas las alamedas y plataformas hasta donde alcanzaba la vista, estaban cubiertas tambien de pañuelos soberbios. Encima de ellos se veían caballos magníficamente enjaezados.

» Nos encontrábamos bajo el pórtico de un kiosco demantelado; el jardín estaba lleno de guerreros agrupa-

dos en todas las avenidas, armados de arcos y de flechas, de escudos, de sables y de fusiles con la mecha ardiendo. Entonces se entabló entre M. Clerk y el rey una conversacion aguda, como todo lo que tiene un carácter oficial, y entrecorta la de largas pausas durante las cuales buscaban por una y otra parte frases muy bonitas sobre el afecto que existia entre los sikes y los ingleses, afecto muy parecido al que se tienen recíprocamente los lobos y los cazadores.

» Trajeron los regalos del gobierno inglés que consistian en un sable, un puñal, algunas telas y caballos; el rey miraba estos regalos con distraccion, y sin embargo,

rato abrieron, y nos encontramos en un peristilo cubierto de pañuelos soberbios que daba á un estanque de agua sucia. Por allí hizo pasar uno á uno sus caballos á fin de que los viéramos. El primero que vimos era un caballo sike colosal, con sus arcos sembrados de esmeraldas y de piedras enormes; la silla era de oro y el pomo una esmeralda gruesa como una manzana. Tal como se hallaba, enjaezado con cosas de tanto valor y cubierto de cachemiras, el rey quiso obligarle á que entrara en el estanque, cuya agua le llegaba solo hasta las rodillas, pero el animal dió tantos brinco que salió salpicado por todas partes.

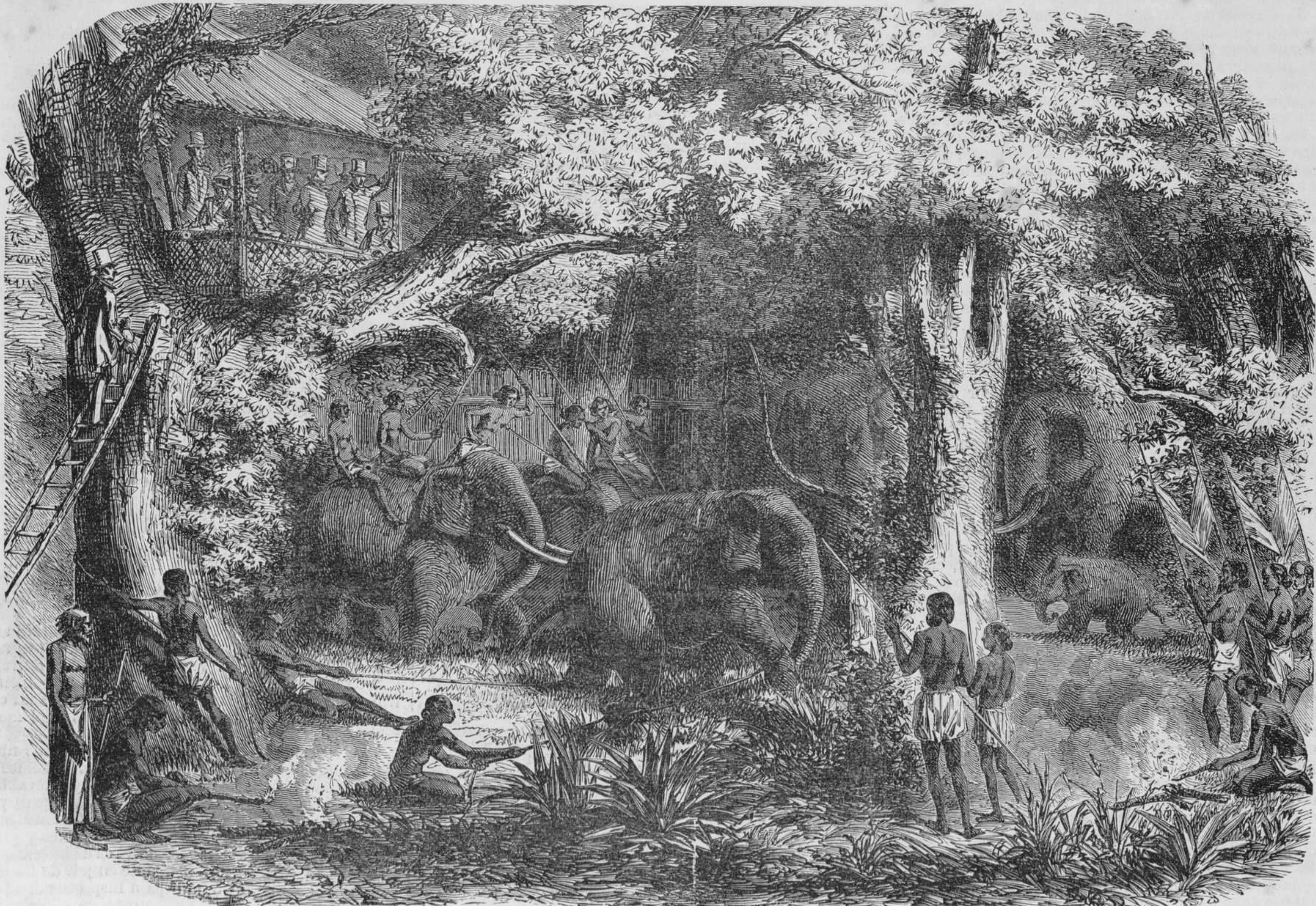


Viaje en posta por las llanuras del Penjab.

significaban que el *gobierno inglés* le reconocía como rey, por cuyo motivo debían tener á sus ojos grande importancia; pero la etiqueta exigía aquella indiferencia aparente.

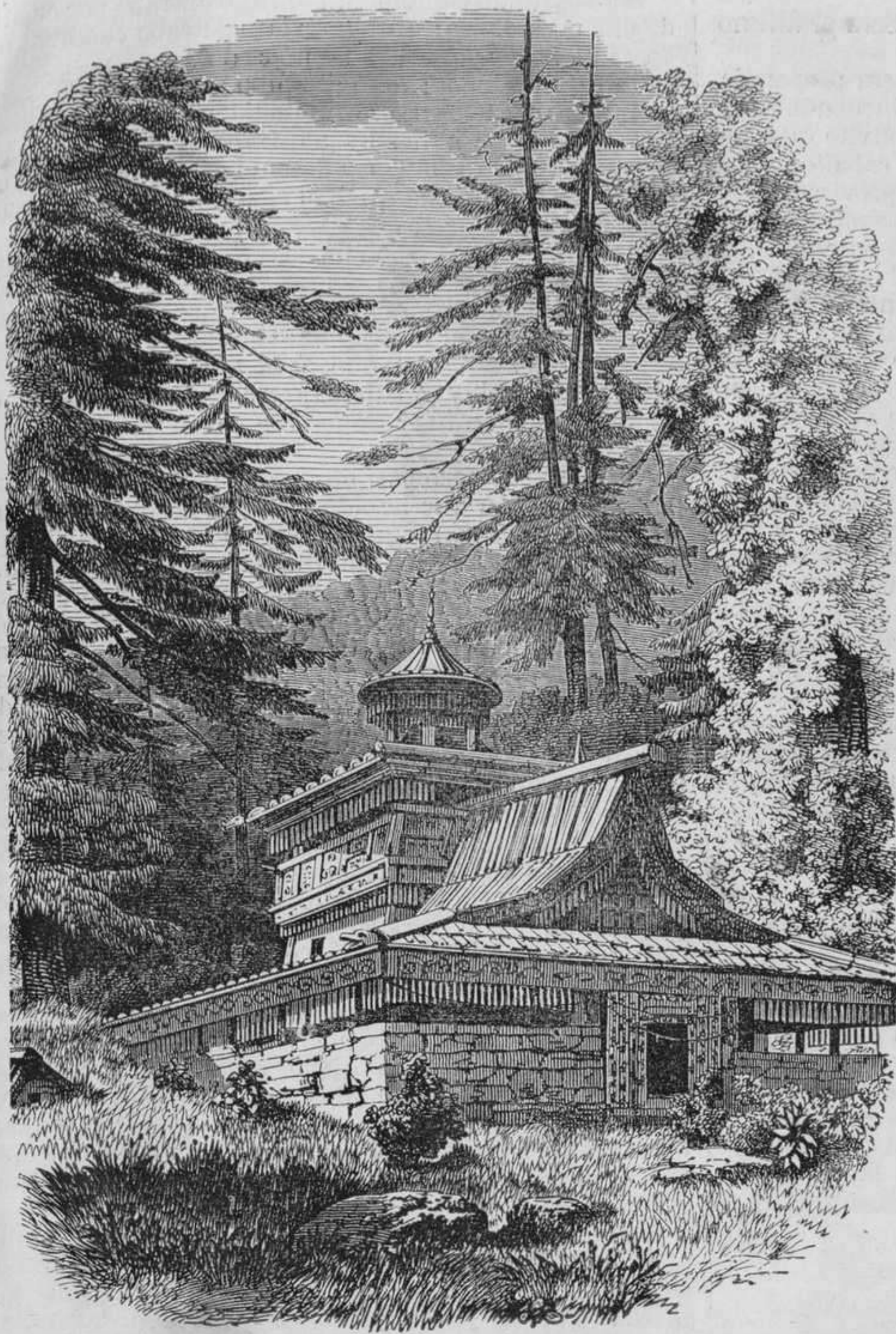
» Durante este tiempo individuos de la clase baja se acercaban al rey, uno por uno, se bajaban y le presentaban dos ó tres rupias que él tomaba maquinalmente, y luego dejaba caer cerca de su silla cuando su mano estaba muy llena. Es uno de los modos de recaudar las contribuciones.

» Luego el rey se levantó, tomó á M. Clerk de la mano y le llevó al lado opuesto del pabellon que daba á otro jardín mas retirado. Nosotros les seguimos con algunos señores sikes, íntimos del rey (tambien habia un niño ricamente vestido, un huérfano que el rey protege). La puerta del primer cuarto estaba cerrada; llamaron, y al cabo de un



Una cacería de elefantes.





Templo rústico en las cercanías de Simla en el Himalaya.

colgaban de su cuello y de su cabeza. A este siguió un alazan perfecto, y fueron llegando otros muchos; el rey les hacia meter en el agua, y luego subir sobre la plataforma del peristilo, en el piso bajo donde nos hallábamos. Era aquello una confusión de hombres y de animales, de sonidos y de colores, y en aquel caos de oro, de acero, de pedrerías, de terciopelo, de cachemiras y de seda, el rey se agitaba como un cualquiera bajo un pié de igualdad con sus cortesanos y con nosotros. El espectáculo era extraño. Para volver al sitio de donde habíamos salido dimos la vuelta al pabellón á través de los grupos de hombres elegantes. Otro grupo que estaba separado, se componia de bailarinas ricamente vestidas, con muchas joyas en la nariz, grandes y pequeñas, bonitas algunas y todas muy risueñas. A la primera ojeada no comprendí cuál era el sexo de aquellos seres equívocos que vestian chaquetilla y pantalon ajustado.

» Al otro dia de nuestra llegada á Lahora el rey nos convidó á una cacería, tan en grande que presentábamos en la llanura un frente de cincuenta elefantes ricamente enjaezados, sobre los cuales íbamos sentados; delante y detrás de nosotros marchaban nubes de ginetes es-

» Entre tanto habian traido otro caballo blanco muy grande tambien, con las patas pintadas de encarnado hasta las rodillas y mas engalanado que una mujer, con joyas de oro y rubíes de dimension extraordinaria que

pléndidamente vestidos y armados, brillantes de oro y alhajas, y una porcion de hombres á pié con halcones en el puño ó sobre sus cabezas; calculamos que podria haber unos 500 halcones.

» Detrás marchaba un batallon de sikes regulares tocando el tambor y la trompeta para hacer levantar la caza. El rey estaba con mucha atencion; de cuando en cuando disparaba su fusil, y casi siempre acertaba. Ca-



Deota ó templo pagano en el valle de Kanaur.



Schir-Sing, rey del Penjab, y su comitiva en marcha para la caza en las cercanías de Lahora.



zaba codornices á centenares; pero cuando pasamos de la llanura á los matorrales, y cuando las cañas se elevaron á la altura de los elefantes, vimos jabalíes en crecido número. No obstante solo mataron uno á fuerza de sablazos.»

Otro día el autor es convidado siempre con el indispensable M. Clerk á pasar la noche con el rey, quien en medio de sus guerreros les recibe al aire libre y á la luz de la luna en un vasto patio rodeado de altas murallas almenadas. Había allí unos treinta caballos magníficos cubiertos de pedrerías, alumbrados por antorchas y por unas lucecitas azules, colocadas en lo alto de los muros. Vistos así los caballos blancos, adornados de esmeraldas, tenían algo de fantástico, y los negros enjaezados con rubíes, tenían algo de infernal al fúnebre resplandor de las antorchas.

El rey con el aire sereno y sencillo que le es particular condujo á los visitantes por senderos y corredores tortuosos á otro patio con pavimento de mármol y alfombrado de telas preciosas. En medio había un estanque cubierto de aves acuáticas de donde saltaban imperceptibles surtidores que llenaban el aire como de un polvo de diamante; en su borde se veían millares de pomitos de diversos colores alumbrados interiormente que esparcían una luz suave y templada como la de la aurora.

Al extremo de este patio había tiendas espléndidas de pañuelos bordados y de telas de oro y plata. Guiados siempre por el rey, los convidados van á sentarse en una hilera de sillas de oro y de plata, cerca de unas mesas cargadas de frutas y de botellas de formas curiosas que contenían un vino llamado real, sobre el que diremos dos palabras. La receta con que se ha hecho está escrita sobre cada botella y firmada por el ministro en cuya presencia se compuso. También está marcado el precio. Cada botella vale trescientas rupías ó 140 pesos, pues el vino contiene piedras preciosas y perlas machacadas. En la receta hay escrito: tantos granos de rubíes, tantos de esmeraldas, tantos de diamantes, tantos de perlas y de oro. Estas piedras se consideran en el Penjab como un tónico admirable, y las bebe todo el que tiene medios para ello. El vino es de una fuerza espantosa, no como aguardiente, sino como agua fuerte.

«El rey nos ofreció al embajador, y á mí, sabiendo que no lo beberíamos, pero mirándonos sin embargo con atención cuando lo llevábamos á la boca; él se bebió un vaso entero. Entonces llegaron unas treinta jóvenes bonitas, pero pequeñas y delicadas, con trajes espléndidos y las narices tan cargadas de joyas, su frente y el espacio entre los ojos y las cejas tan dorados, que apenas podían distinguirse sus facciones. Sus pies y sus manos estaban adornados con anillos y espejitos, y los velos transparentes que las cubrían eran de oro y de plata y de los colores mas vivos. Aquellas jóvenes se acercaban al rey una por una y le presentaban una ó dos rupías. El rey, que estaba en conversacion con el embajador, se volvía hácia ellas con aire distraído y benévolo.»

» El rey tuvo la idea de enseñarnos lo restante de sus aposentos, aquellos en donde viven sus mujeres en los dos pisos mas arriba. Por consiguiente las mandó que se ocultaran no sé dónde, pues desde la época en que los mahometanos destrozaron la India y llevaron á ella sus costumbres sórdidas, los indios tienen la costumbre de ocultar sus mujeres, y solo se ven las cortesanas. Entramos en unos cuartitos dorados, y en uno de ellos vimos una mesa cubierta con los preparativos de la cena para las mujeres que se habían escondido, camas con colgaduras de gasa, etc. En fin, todo aquello era digno de examinarse.»

Después de esta brillante recepción, vamos á recorrer esa Suiza india que se llama el Himalaya, con sus nieves eternas, su vegetación particular y sus caseríos pintorescos.

« Simla es un admirable sitio montañoso, cubierto de bosque, de pinos, de abetos y de una encina pequeña. Las casas están diseminadas por los bosques y por los picos de la montaña.»

Al salir de Simla nuestro viajero con mucho trabajo y arrojando muchos peligros atraviesa el paso del Borendo y llega á Tchini-Gong, última habitación accesible, pues mas allá se encuentra el imperio chino. Allí ve una casa desmantelada donde se establece con una buena lumbre, cerca de unos curiosos *deoxas* (templos) que dibuja al sonido estrepitoso y lúgubre de los gongs de cobre que salía por sus balcones esculpidos.

« La extraña semejanza de esos edificios rústicos con el estilo suizo produce una impresión singular. Desde el abrigo en donde me hallaba, la escena espantosa del Borendo que dejaba atrás se ofreció á mí en todo su horror. Aquel laberinto inmenso de picos negros, de abismos profundos, de nieves eternas, donde todo es muerte y desolación, se presentaba como una decoración de teatro á través de la atmósfera enrarecida de aquella región, elevada sobre el nivel de casi lo restante de la tierra. La vista del Borendo aislado y solemne en las nieves me oprimió el corazón, y sin embargo cuando estaba en él no sentía mas que el cansancio y el frío. Quizás es así la muerte. Pero en breve negros nubarrones se amontonaron rápidamente sobre aquellas cumbres que acababa de atravesar. Era el invierno que se establecía en aquella triste región. Oímos como el ruido del trueno las avalanchas que se sucedían y llenaban el fatal Borendo. Eran las puertas del Himalaya que se cerraban detrás de mí. No podía menos de celebrar el haber pasado tres días antes.»

Después de haber dejado la India á principios de 1853 para volver á Europa, nuestro incansable viajero se ha-

lla nuevamente en Ceilan, dos años después, y vamos á asistir con él á una cacería de elefantes. Será el último de los extractos.

« A mi llegada encontré la sociedad inglesa preparada para ir al bosque de Karnigal, distante cincuenta verstes, á ver cazar elefantes. Yo acepté el convite que me hicieron; y después de un viaje penoso á caballo, y de haber vivido muchos días en cabañas improvisadas en medio de una sofocante selva tropical, impenetrable sin hacha y sin fuego, ví al resplandor de las antorchas, ó mejor dicho ó una porción de elefantes salvajes acorralados por unos mil cingalis armados de antorchas y de lanzas en un recinto preparado anticipadamente, cerca de la guarida donde estaba yo con otros europeos, sobre un árbol de mucha corpulencia. El crujido de las ramas y los gritos de los cingalis me advirtieron el momento decisivo. A la otra mañana volví á mi puesto de observación, á ese abrigo de cañas y de hojas de palmeras, y ví treinta y siete elefantes acorralados en aquel sitio y que estaban en masa. Los había viejos y enormes, y había también tres pequeñitos que se apretaban contra sus madres. Entonces los cingalis mas determinados entraron en el recinto (*el Kral*) sobre cuatro elefantes privados para tratar de aturdir á los salvajes con amenazas estrepitosas, y acercándose al primero que se separó de la banda, consiguieron con mucha destreza y valor el echarle un lazo al pié y sujetarle á un árbol demasiado grueso para que pudiera arrancarle de la tierra. El animal hizo esfuerzos grotescos, y bufaba que aturdira el bosque. Entonces varios elefantes salvajes se adelantaron hácia él como para libertarle, pero los cingalis con sus gritos y sus picas y los cuatro elefantes privados con sus colmillos los rechazaron. Después de haberle puesto muchas ataduras, el cautivo fué llevado á trompazos y á mordiscos por los elefantes domesticados.

« El Kral, que tenía la cuarta parte de una versta, se hallaba rodeado con una empalizada de altos troncos de árboles muy fuertes, apretados unos contra otros; algunos de ellos eran ébanos. En cuanto hicieron entrar allí á los elefantes, el Kral fué rodeado de picas y de antorchas, y se encendieron hogueras inmensas para impedir á los elefantes furiosos que rompieran el cercado con sus frentes. Los aullidos, los fuegos y las largas picas blancas les hacían retroceder involuntariamente cuando querían cargar contra la barricada.»

## EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Continuacion.)

Hallándose viuda ó en una posición equivalente, vino á Paris donde había vivido con modestia hasta la muerte de su madre. Una herencia mas considerable de lo que esperaba le había permitido tomar cierto rango, y algunas especulaciones felices habían concluido por hacerla rica.

Pero entonces sobrevino el aburrimiento; la soledad no se soporta con paciencia á los treinta años. Había amado al conde de Villanera desde que le vió por primera vez, sin conocerle, en la Opera italiana.

El duque no pudo menos de decir para sí que el conde de Villanera era hombre afortunado.

En seguida con unas miradas en que brillaba un candor sin réplica, probó que el conde no la había dado nada mas que su amor. Y no porque la generosidad le faltara; pero ella no era mujer que confundía los amores y los intereses. Su desprendimiento había llegado hasta el sacrificio, había cedido su hijo á la anciana condesa de Villanera, y había acabado por abandonarle á los cuidados de una madre improvisada. Había devuelto la libertad á su amante; el conde estaba casado, viajaba para restablecer la salud de su joven esposa, y ni siquiera escribía á la pobre abandonada para darle noticias de su hijo idolatrado.

Concluyó su discurso dejando caer sus dos brazos hácia la tierra con un descuido lleno de elegancia:

— Aquí estoy, exclamó mas sola que nunca, en la misma ociosidad de corazón que ya me ha perdido una vez. Carezco de todo consuelo; en cuanto á distracciones, hallaría bastantes, pero mi corazón no se inclina á los placeres. Conozco algunos hombres de mundo que vienen aquí los mártires por la noche á conversar un rato junto á mi chimenea. No me atrevo á invitar al señor duque de la Torre de Embleuse á tan melancólicas reuniones, porque su negativa me humillaría demasiado.

El duque olvidó las recomendaciones del doctor Le Bris, y se dejó engañar como una criatura con tan dulces palabras. Se compadeció de la hermosa mujer, y la prometió su visita de tiempo en tiempo para traerla noticias de su hijo.

El salón de la Chermidy era en efecto el punto de reunión de un cierto número de hombres distinguidos: ella sabía atraerlos y mantenerlos en torno suyo con seducciones que la costaban poco.

Los unos conocían su posición; los otros creían en su virtud, y todos se hallaban persuadidos de que su corazón estaba libre, y que su último dueño, llamábase Villanera ó Chermidy, había dejado una sucesión abierta. La dama usaba de los beneficios de su posición para explotar á todos sus admiradores en provecho de su fortuna. Artistas, escritores, hombres de negocios, hombres de mundo, la servían simultáneamente cada cual según sus medios: eran como otros tantos empleados que ella pagaba con esperanzas.

Un agente de cambio amigo suyo operaba por cuenta de ella en la Bolsa; un pintor la regateaba cuadros; un especulador enriquecido la procuraba terrenos. Servicios gratuitos todos; pero ninguno se causaba de serla útil, porque cada cual se prometía un porvenir lisonjero. A los impacientes les mostraba su casa, una casa de vidrio donde estaban á descubierto todas sus acciones, y en que así fuera ponía ella un cuidado especial para no despertar sospechas en el conde.

El duque se aprovechó de la entrada que le habían ofrecido, y su presencia allí no fué inútil á la reputación de la dama, pues ella cortó ciertos rumores que circulaban sobre el matrimonio del conde, y vino á demostrar á los crédulos que nada había existido nunca entre la Chermidy y Villanera. ¿Cómo suponer que el duque frecuentara la casa de la querida de su hijo político?

La Chermidy sacó partido de esta nueva relación con la habilidad con que había explotado las antiguas. Importábale saber con seguridad cuál era el estado de Eulalia y la cuenta de los días que le quedaban de vida.

El duque de la Torre de Embleuse la confió una mañana todas las cartas del doctor Le Bris.

Esta lectura produjo en ella tal revolución, que habría caído enferma si no hubiera tenido el poder de hacerse invulnerable á las enfermedades. Se vió vendida por el doctor, por el conde y por la naturaleza. Se presentó el porvenir mas odioso que la imaginación de una mujer puede concebir.

Una rival que ella había elegido la arrebató su amante y su hijo, sin crimen, sin intrigas, sin cálculo, con el apoyo de todas las leyes divinas y humanas.

Sin embargo recobró ánimo con la idea de que el doctor había querido engañar á la duquesa. Quiso ver las cartas de Eulalia y contó con el duque para satisfacer esa siniestra curiosidad.

El padre de Eulalia se hallaba presa de una de esas pasiones finales que acaban el cuerpo y el alma de los ancianos. Todos los vicios que le solicitaban en sentidos diversos hacia cincuenta años, habían abdicado en provecho de un solo amor. Cuando los ingenieros reúnen en un canal todos los arroyos dispersados en la llanura, crean un río bastante caudaloso para que por él naveguen los navíos.

El baron de Sanglié, la duquesa y todos aquellos que se interesaban por él estaban maravillados del cambio que veían en sus costumbres. Vivía con la misma sobriedad que un joven ambicioso que quiere adelantar por medio de las mujeres. Pasaba las mañanas enteras ocupado en su tocador. Montaba otra vez á caballo, y se presentaba en el paseo de cuatro á seis todas las tardes. Comía con su mujer cuantas veces no estaba convidado en casa de la Chermidy. Por la noche acudía á las sociedades para encontrarse con la Chermidy, y en cuanto ella salía él se marchaba á su casa. El temor de comprometer á la persona que amaba, le devolvió los hábitos de discreción que velaron los primeros desórdenes de su vida, y la duquesa le creyó fuera de peligro en el instante en que se hallaba perdido sin remedio.

La Chermidy, artista consumada en seducción, afectaba tratarle con una ternura filial. Le recibía á todas horas, aun cuando estaba en su tocador; no le negaba ni la frente ni la mano cuando él quería saludarla con un beso; le mimaba suavemente; le oía con complacencia; aceptaba sus caricias como otras tantas señales de curiosidad sin manifestar ningun temor, y no se daba por entendida del sentimiento brutal que ella atizaba diariamente.

Para mantenerle á cierta distancia no empleaba mas arma que la humildad. Se mostraba implacablemente respetuosa. Se dejaba dar todos los nombres que puede inspirar al hombre el amor, pero ni una sola vez olvidó llamarle señor duque. El viejo insensato habría sacrificado toda su fortuna porque la Chermidy le faltara al respeto.

Por el pronto sacrificó la santidad del nombre paterno, que es lo mas caro en el mundo para todo anciano virtuoso. Pidió á la duquesa las cartas de su hija con pretexto de que las quería leer nuevamente, y la noble mujer lloró de alegría al confiar tan caro tesoro á su marido.

Sin perder tiempo, corrió á casa de la Chermidy que le recibió con suma complacencia. Aquellas cartas que la joven había trazado con mano temblorosa, aquellas cartas donde nunca dejaba de estampar algunos besos para su madre en un cuadrito mal dibujado debajo de su firma, aquellas cartas que la duquesa había humedecido con tantas lágrimas, fueron extendidas como unos naipes sobre un velador de salon entre un viejo perdido y una mujer infame.

La Chermidy disfrazando su odio bajo una máscara de compasión, buscó con avidez algunos síntomas de muerte en medio de las protestas de ternura, y no pudo quedar muy satisfecha. Aquella correspondencia no exhalaba ese olor que atrae los cuervos detrás de los ejércitos, sino que era como el perfume de una florecilla que se encoge al soplo del invierno, pero que se abriría al sol si la brisa del Mediodía barrera las nubes.

La cruel arlesiana se dijo para sí que la mano estaba bien firme todavía, que la inteligencia se hallaba muy despierta, que el corazón latía con un vigor alarmante. Y luego penetró en ella una sospecha terrible. La enferma contaba con demasiada complacencia los cuidados que la prodigaba su marido; se acusaba de ingratitud, decía que correspondía muy mal á tanto como hacían por ella.

La Chermidy rugió interiormente pensando que el



marido y la mujer acabarían quizás por cobrarse afecto; que la compasión, el remordimiento, el hábito unirían aquellas dos almas, y que un día llegaría á ver que se sentaba entre el conde y su mujer un convidado á quien ella no invitó á las bodas: el Amor.

Esta profanación de las cartas de Eulalia tuvo lugar algunos días despues de su llegada á Corfu. Si la Chermidy hubiera podido ver con sus propios ojos á su inocente enemiga, es de creer que la habría inspirado menos temor. Las fatigas del viaje habían puesto á la pobre jóven en un estado tristísimo. Pero la querida del conde se forjaba incesantemente monstruos de curacion, y soñaba todas las noches que había quedado suplantada sin remedio.

El día en que estas sospechas se cambiaran en certidumbre, se sentía capaz de todos los crímenes; mas entre tanto, por espíritu de prudencia y de venganza, por ociosidad de mujer bonita sin empleo, por una especulación de interés y de perversidad, se divirtió en arruinar al duque de la Torre de Embleuse. La pareció un juego muy gracioso el arrebatarle el millon que le habían dado, para devolverse á la muerte de su hija. De todos modos era una reserva que ella se preparaba en caso de desgracia.

No era difícil provocar el ofrecimiento, pues el duque se ponía diariamente á sus piés con todo cuanto poseía. Era hombre capaz de arruinarse sin decirlo, como de vencer sin cantar victoria. Un hombre bien nacido no compromete nunca á una mujer, aun cuando esta le haya despojado de todos sus bienes. Pero la Chermidy pensó que sería mas digno de ella tomar un millon sin dar nada en cambio, y conservando su superioridad sobre el donador.

Un día que el duque deliraba á su lado, y que por la centésima vez ofrecía su fortuna, ella le cogió la palabra y le dijo:

— Acepto, señor duque.

El anciano perdió la cabeza como aeronauta novicio cuando acaban de cortar la cuerda del globo. Se creyó arrebatado al sétimo cielo. La dama contuvo suavemente sus trasportes y le hizo esta pregunta:

— ¿Cuándo me hayais dado un millon creereis haberme pagado?

Contestó que no, pero sus ojos decían con fundamento, que si la virtud se vende, un millon es un precio razonable.

La Chermidy respondió al pensamiento de su adversario de esta manera:

— Señor duque, las mujeres entre las cuales me colocais injustamente, valen mas caras cuanto mas ricas son. Yo he heredado cuatro millones, he ganado otros tres en los negocios, y en un mes podria realizar toda mi fortuna sin ninguna pérdida. Ya veis que hay pocas mujeres en Francia que tengan derecho para exigir mas precio que yo. Esto os prueba tambien que mis recursos no permiten darme por nada. Si os amo lo suficiente, y quizás será así, el dinero nada tendrá que ver entre nosotros.

El duque cayó de muy alto y pegó duramente en el suelo. Tanto sentía quedarse con su millon, como antes se había alegrado recibirle. La Chermidy se compadeció y le dijo:

— No os desconsoléis: he principiado por deciros que aceptaba, pero cuidado, voy á fijar mis condiciones.

El duque se sonrió como un moribundo ve los cielos entreabiertos.

— A mí me debeis vuestra riqueza, le dijo; os conocia hace mucho tiempo de reputacion. Os habeis comido vuestros bienes con una grandeza digna de los tiempos heróicos; sois el último representante de la verdadera nobleza en esta época degenerada, y por esa razon sois sin saberlo el único hombre de Paris capaz de interesar seriamente á las mujeres. Siempre he sentido que en vuestras manos no hubiera una fortuna incalculable como la del conde de Villanera, pues habriais sido mas grande que Sardanápalo. Os hice dar un millon porque no podia mas, cada uno hace lo que puede. Pero no supe gobernarme, y los hechos no han correspondido á mis esperanzas. Teneis guardado un pedazo de papel que para nada os sirve; el 22 de junio cobrareis 25,000 francos, y hasta entonces pasareis el tiempo haciendo deudas, de modo que vuestra renta será para los acreedores. Dadme á mí la inscripcion, yo la haré vender por mi agente de cambio... ¡Oh! no faltaré á lo prometido, me quedaré con el capital que no recobrareis nunca, pero es preciso que tomeis la renta. Pero eso sí, en vez de cincuenta mil francos tendreis ochenta mil, quizás mas aun. Yo conozco la Bolsa á fondo aunque las mujeres no entran en ella, y sé que puede ganarse cuanto se quiere con algunos millones en metálico. El papel del Estado es una invencion admirable para todos aquellos que quieren vivir modestamente y sin quebraderos de cabeza; para las personas como nosotros que no temen ni el peligro ni el trabajo ¡viva la especulacion! ¡viva el juego en grande!

— Juguemos pues.

— Sí, juguemos; pondremos en comun nuestros intereses, nuestros placeres, nuestras esperanzas.

— Los dos seremos uno.

— En la Bolsa.

— ¡Honorina!

Honorina se sumergió en una meditacion profunda con el rostro oculto entre sus manos. El duque la tomó por las muñecas y puso fin á aquel eclipse de hermosura. La Chermidy le miró muy despacio, se sonrió melancólicamente y le dijo:

— Perdonadme, señor duque, y olvidad mis castillos en el aire, todo ha sido un sueño. No me toca á mí des-

pojaros de lo que poseeis ni aun para daros mas; ¿qué dirian de mí? ¿qué pensarian de vos mismo? ¡Si la señora duquesa llegase á saber lo que hemos hecho!

La Chermidy no ignoraba que para hacer una mujer odiosa á su marido, basta pronunciar su nombre en ciertos momentos. El duque respondió bruscamente que su mujer no se mezclaba en sus negocios porque él se lo había prohibido siempre.

— Pero teneis una hija, repuso la Chermidy; todo lo que poseeis debe ser para ella, y yo la perjudico.

— Eulalia, contestó el duque, tiene un hijo que es el vuestro; vuestra fortuna y la mia irán juntas al pequeño marqués; ¿no somos ya todos de la misma familia?

— Otra vez me lo habeis dicho ya, señor duque, pero aquel día no lo ví con tanto gusto como hoy.

La Chermidy tomó la inscripcion de rentas y se guardó bien de negociarla; era mujer que había nacido con el instinto de lo sólido, y desconfiaba prudentemente de la inestabilidad de las cosas del mundo.

Desde entonces el duque figuró como sócio de su bella amiga, sacaba dinero de su caja, y encontró en ella, hasta nueva orden, todo cuanto quiso tomar. Pero nada mas que eso pudo obtener de aquella virtud generosa y risueña.

Honorina se ocupó del anciano con una ternura minuciosa; le hizo dejar el aposento que ocupaba; le trasportó á los Campos Eliseos con la duquesa, á una casa que ella amuebló, teniendo buen cuidado de que no faltara allí la mas mínima cosa: hasta se mezcló en los gastos de la cocina.

Hecho esto, se restregó las manos y se dijo riendo:

— Tengo bloqueado al enemigo; si la guerra viniera á declararse, el hambre será mi arma mas terrible.

## VI.

### CARTAS DE CORFU.

EL DOCTOR LE BRIS Á HONORINA CHERMIDY.

Corfu 20 de abril de 1853.

«Muy señora mia: No podia yo suponer el día en que nos despedimos que había de ser tan larga nuestra correspondencia. El conde tampoco lo esperaba. Si yo hubiese podido prevenirle, no sé si hubiera tomado la resolucion heróica de privarse de vuestras cartas y de vivir sin escribimos. Pero todos los hombres se equivocan, sobre todo los médicos. No enséñeis esta frase á mis compañeros.

Hemos hecho un viaje muy tonto de Malta á Corfu á bordo de un buque muy sucio. El viento nos era contrario; la lluvia nos impedía á menudo subir sobre cubierta, y las olas penetraban de vez en cuando en los camarotes. Unicamente el niño y la enferma no se marearon; hay sin duda gracias providenciales para aquellos que entran en la vida y para los que van á salir de ella.

La sociedad consistia en una familia inglesa que regresaba de la India, un coronel al servicio de la compañía y sus dos hijas amarillas como el cuero de Rusia. Solo el vino de Burdeos gana mucho viajando tan lejos. Aquellas señoritas no nos honraron con una palabra, pero es verdad que no sabian francés, y esto las disculpa un poco.

En cuanto el tiempo se aclaraba un instante, corrían sobre cubierta con el album á dibujar paisajes que parecían otros tantos plum-puddings.

Al cabo de una travesía que duró cinco días mortales el buque nos llevó á buen puerto; ni siquiera un naufragio para distraernos; el camino de la vida está lleno de amargos desengaños.

Mientras hallamos un asilo en la campiña nos hemos acomodado en la capital de la isla, en la tonda Victoria, de donde pensamos salir á fines de la semana, si bien no me atrevo á asegurar que salgamos todos andando. Mi pobre enferma está muy mala; el viaje la ha cansado en extremo. La condesa de Villanera no la deja un segundo, el conde está admirable, y yo hago todo lo posible, es decir, muy poca cosa. Inútil es probar un tratamiento que no haria mas que aumentar los padecimientos sin provecho para la curacion.

Pienso, sin embargo, probar algun remedio, por hacer algo; pero el único remedio con que podamos contar seriamente es un milagro. Así pues, vivid en paz, quedarnos un poco, y ayudarnos á cumplir con nuestro deber hasta lo último.

El viejo Gil que la condesa había traído para que la sirviera ha cogido las fiebres de Italia; es un enfermo mas y un servidor menos.

La alegría y la salud tienen un representante magnífico en la casa, y es el niño. El día que le volvais á ver le hallareis desconocido; crece que es un portento, charia que da gusto, y creo, Dios me perdone, que se va volviendo hermoso. No se parecerá tanto á su padre como habíamos temido. ¡Qué diablo! Bien puede tener un poco de su adorable madre. Todo el mundo le quiere mucho aquí, y él mira con afecto á todos; ya no es uraño como antes, besa y permite que le besen.

El conde está tratando de alquilar una casa que le vendría. La campiña se halla dividida en una multitud de propiedades agradables adornadas de castillos ruinosos. He visitado algunos jardines, y generalmente son

mas habitables que las casas contiguas. Esas mansiones aristocráticas que conservan un aire de grandeza en su triste estado, tienen un poco de todo, cortijo, palacio y cabaña. Si alquilamos la villa Dandolo, quizás no estaremos mal; bastará poner algunos cristales en los balcones. La situacion es admirable, al Mediodía, sobre el mar, los vecinos son nobles, y dicen que algunos de ellos hablan el francés. ¿Pero quién sabe si tendremos tiempo de hacer su amistad?

No sentiré salir de la poblacion aunque en ella se viva bien: es bonita y me recuerda Nápoles. La esplanada, el palacio del lord comisario y las cercanías forman una ciudad inglesa. Los ingleses han construido á costa de los griegos unas fortificaciones gigantescas que hacen de la plaza un pequeño Gibraltar.

Asisto todas las mañanas á las maniobras de un regimiento de escoceses que me divierten mucho. La ciudad griega es antigua, y se halla edificada de un modo curioso: casas altas, arcos pequeños, y en cada balcon una linda cabeza.

El barrio judío es asqueroso.

La poblacion es griega, italiana, judía, maltesa, y trabaja activamente en ser inglesa. Tenemos un teatro donde cantan la *Juana de Arco* de Verdi. Fuí una noche que la enferma tenia menos de 120 palpitations por minuto. Al fin del primer acto toda la asamblea se levantó con respeto en tanto que la orquesta tocaba el *God save the Queen*. Es una costumbre establecida en todas las posesiones inglesas.

No os sorprenda que representen la muerte de Juana de Arco ante un público inglés: el autor del libretto ha tenido cuidado de modificar la historia. La heroína defiende la Francia contra un enemigo cualquiera, los persas ó los turcos, y muere de una herida y de un gorgorito. Todos los habitantes de Corfu aplauden tan hermosa muerte.

El conde me dejó ir solo al teatro, y eso que la música de Verdi le encanta; ¿no fué en una representacion de *Hernani* cuando sus ojos descubrieron los vuestros por primera vez? Pero el pobre se inmola á su deber. ¡Qué marido para aquella que no es mujer definitiva!

Los periódicos nos han traído noticias de la China que habeis debido leer con tanto interés como nosotros. Parece que la nacion mas chata de la tierra ha maltreado ligeramente á dos misioneros franceses, y que la *Nayade* se ha puesto en camino para castigar á los culpables. Si la *Nayade* no ha cambiado de comandante, esperamos todos con impacencia las noticias de la expedicion. Cada cual por sí y Dios por todos. Deseo todas las prosperidades imaginables á mis amigos, aunque sin pedir la muerte de nadie. Dicen que los chinos son malos artilleros, y eso que se lisonjean de haber inventado la pólvora. Sin embargo, una bala podria hacer dichosa á mucha gente.

Adios pues, amiga mia; tengo mucho placer en hablar con vos, pero tambien debo acudir al aposento vecino donde el deber me llama. ¡Placer y deber! dos caballos que con dificultad pueden engancharse juntos. Pero yo hago lo que puedo, y si no logro conciliar todas las cosas, no es porque no lo desee. Para despedirme os diré que si os mandase por el correo próximo una carta sellada de negro, me hareis el favor de creer firmemente que no tengo ningun derecho á vuestra gratitud.

Beso la mano mas donita de Paris.

CARLOS LE BRIS.

(Se continuará.)

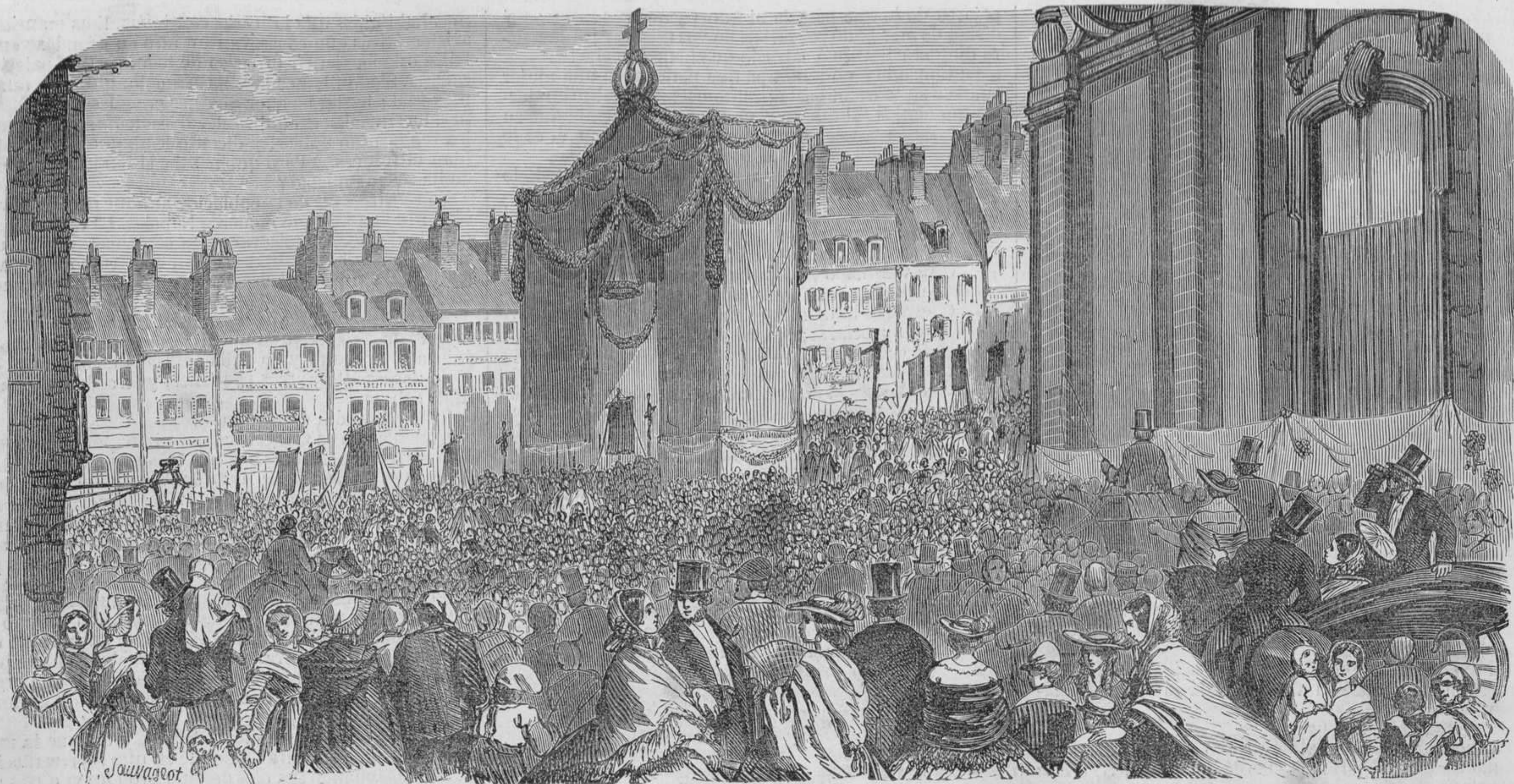
## Bendicion

DE LA ESTATUA MONUMENTAL DE NUESTRA SEÑORA EN BOLOÑA DEL MAR.

El 30 del mes último era un día de gran fiesta para la ciudad de Bolonia que asistia á la bendicion de la estatua colosal que debe colocarse en lo alto de la media naranja de la catedral edificada por el señor presbítero Haffreingue. Una procesion general de las mas hermosas que pueden verse debia preceder á la ceremonia, y con este motivo habían acudido á Bolonia muchos prelados, eclesiásticos y devotos de todas las partes del imperio, de Paris y de Londres.

La fiesta, favorecida por un tiempo admirable, principió ya el sábado por una salva á la que asistian todos los prelados. El domingo por la mañana la ciudad estaba ya magnificamente adornada; no se veian mas que guirnaldas, arcos de triunfo, brillantes colgaduras y pendones con las insignias de la Virgen. A eso de las dos y media se puso en marcha el cortejo que constaria de unas 4,000 personas. Figuraban en él el cardinal de Villecourt, el arzobispo de Cambrai, el arzobispo de Dublin, etc., etc. Era en un trayecto de media legua, una innumerable sucesion de grupos de niños, de jóvenes vestidas de blanco, de marinos con sus mujeres, de funcionarios de gala, de prelados con las insignias sacerdotales, todos con estandartes ó banderolas. Contábanse unos ochenta grupos de hombres, de mujeres y de jóvenes de ambos sexos, escoltando cada cual un emblema religioso gigantesco llevado como un dosel ó arastrado por ruedas invisibles. Estos emblemas, entre los que se contaba uno que llegaba hasta el piso segundo de las casas, eran todos de madera dorada, y se alzaban sobre pedestales cubiertos de musgo y de flores. Los





ROMA DE Boloña del Mar. — Marcha de la procesión el 30 de agosto de 1877.



Torre de señales en Boloña.

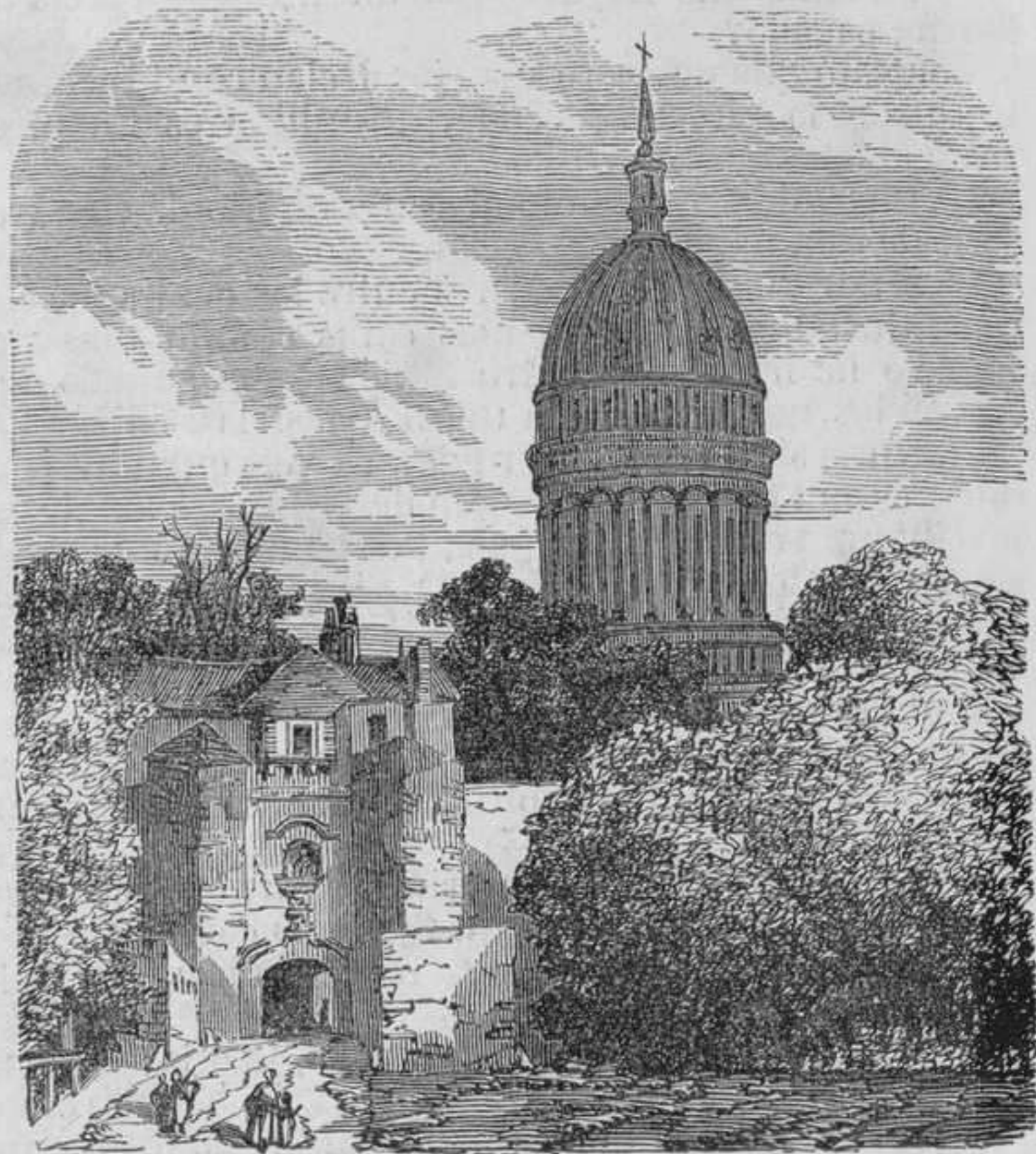
de altura es de piedra, y se debe al cincel de M. Bonasieux.

Por la tarde, se reunían en un banquete dado por la villa todas las notabilidades religiosas y civiles. Así se terminó una fiesta que prueba bien claro una vez más que la fe no está apagada en Francia.

La veneración que se tiene al santuario de Nuestra Señora de Boloña data del año 633 ó 636, cuando se trasportaron muchas reliquias de Oriente al Occidente. Sobre todo en el siglo XIII es cuando se hace mención de la romería. Por aquella época san Luis, Enrique III, rey de Inglaterra, los condes de Flandes, de Ponthieu y otros muchos señores se fueron á poner de rodillas ante el célebre altar.

Felipe el Hermoso adoró también la milagrosa imagen en reconocimiento de la victoria alcanzada en Mons-en-Puelle el 18 de agosto de 1304. Carlos V y toda la nobleza de Francia, de Inglaterra, de Borgoña y de Flandes dejaron en el santuario patentes señales de su piadosa liberalidad.

Sería de más lo largo enumerar todos los personajes que ofrecieron sus plegarias á la Virgen; pero no queremos pasar en silencio la devoción del pueblo de París á Nuestra Señora de Boloña. Como la romería habría podido interrumpirse por los accidentes de la guerra ó por los asuntos domésticos, se decidió que se elevaria un nuevo santuario en honor de la Virgen en las márgenes del Sena, y para ello se eligió la aldea de Menus que en-



Cúpula de la nueva iglesia de Nuestra Señora de Boloña.

pendones y estandartes de colores variados eran tres mil cuando menos. Un grupo de marinos de uniforme y con el hacha de abordaje al hombro, escoltaba una cruz griega tomada en Sebastopol, y que un hijo de Boloña regaló á la parroquia. Cerraba la marcha un inmenso bardo guarnecido de terciopelo y de oro en cuyo centro se alzaba una imagen colosal de Nuestra Señora.

Después de hacer una corta estación en la esplanada, la procesión continuó su marcha y se detuvo una segunda vez en la plaza de Armas, donde estaba provisionalmente la estatua de la Virgen. Una vez bendecida la estatua por el cardenal de Villecourt, el P. Lavigne y monseñor de Arras tomaron la palabra para celebraraquella jornada, después de lo cual el cortejo volvió á Nuestra Señora cantando el *Te Deum*.

La estatua de 20 pié

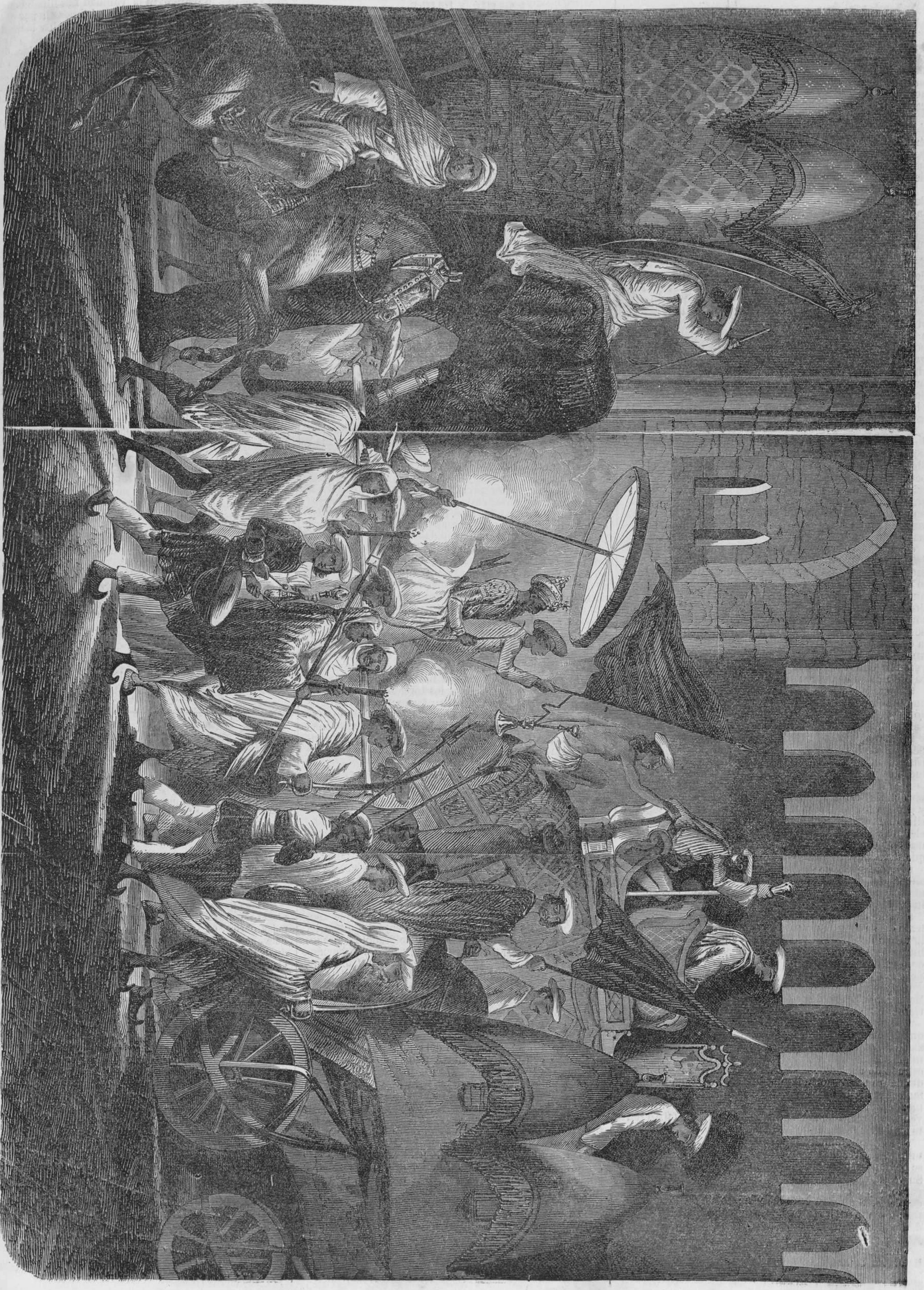


Pescadores y marmeros del Portel.

tonces recibió, y ha conservado siempre el nombre de Boloña, así como el bosque contiguo.

Pero la hermosa catedral desapareció en el torbellino revolucionario, y la estatua de Nuestra Señora concluyó por ser entregada á las llamas; solo se salvó una mano que se conserva preciosamente. Después de la revolución se ejecutó y se colocó una copia de la imagen de la Virgen en un nicho sobre el altar; pero la antigua catedral era un monton de ruinas cuando el presbítero Haffreingue se propuso reconstruir el edificio. En marzo de 1827 se descubrieron los cimientos, se alzaron planos, y gracias á las suscripciones particulares se pudieron comenzar las obras, que activamente proseguidas ofrecen ahora á la admiración de los fieles el aspecto del monumento que debe coronar en breve la estatua colosal de la Virgen. V. P.





La Gran Mogor de Delhi, jefe de la insurreccion india.



## El Gran Mogol.

Un viajero que nos ha suministrado ya en mas de una ocasion interesantes notas y dibujos sobre los paises que ha recorrido, el príncipe Alejo Soltykoff, ha tenido á bien poner á nuestra disposicion en el dia, que todas las miradas se concentran sobre la terrible explosion que acaba de estallar en la India, algunos de sus preciosos recuerdos de viaje por ese pais, y para principiar ofrecemos á nuestros suscritores el retrato del Gran Mogol, tal como le vió el príncipe. Este retrato presenta tanto mas interés cuanto que el augusto maniquí, hoy en manos de los insurrectos como entonces se hallaba en manos de los ingleses, es aun el mismo que ocupa el trono de Delhi.

Como el príncipe Soltykoff ha hecho la descripción de la escena que representa su dibujo, le cedemos aquí la palabra:

« Delhi 11 de noviembre de 1842.

« Estoy aquí hace cuarenta y ocho horas. Apenas habia escrito que estaba entusiasmado con las bellezas de la India, cuando entré en un desierto árido de polvo y por algunos dias: eran las inmediaciones de Delhi. Aridez, llanura de terreno y calor. Pero en Delhi sin embargo, se conoce que está uno en una capital. Atravesé el bazar en mi palanquin cubierto de polvo para llegar á la estacion. Era antes de ayer en medio del dia, y no podriais figuraros cómo me sitiaron los mercaderes así que puse en tierra los pies... No permaneceré aquí mucho, pues cuantas veces llevo á alguna parte, recibo al punto invitaciones para que pase á hospedarme á casa de algun gentleman inglés, militar ó civil (ya he recibido dos desde mi llegada), y no es posible rehusarlas muchos dias seguidos sin faltar á la política.

« El único inconveniente de esta hospitalidad en medio de todas sus ventajas, es que los ingleses viven lo mas lejos que sus negocios le permiten de las ciudades indias, pues aborrecen el ruido, las exhalaciones y el aspecto de esas poblaciones, y están persuadidos de que reinan en ellas toda clase de enfermedades; por último, quieren evitar la *contamination of the natives*. — ¿Esta repugnancia desdeñosa manifestada á los indígenas no tendrá tambien su parte en la enumeracion de las quejas que han motivado el alzamiento actual?

« En mis correrias encontré al comandante del fuerte del Gran Mogol, capitán inglés á quien conocia, y que me ofreció asiento en su buguey. Subí, y al pasar junto á los muros elevados del Kremlin de Delhi, muros de una especie de mármol rojo, oímos un ruido lejano de timbales acompañado de otros sonidos confusos. Era el cortejo real que volvia al palacio. — « Deslicémonos por aquí, me dijo señalando una puerta gigantesca bajo la cual un elefante no habria parecido mas grueso que un raton, — llegaremos al primer patio del palacio y veremos el cortejo. » Así lo hicimos y nos apostamos bajo un árbol de enramada frondosa.

« El ruido de los timbales y otros instrumentos aumentaba rápidamente; pero ya era casi de noche cuando se presentaron de dos en dos los ginetes mogoles que entraban por la puerta principal para atravesar el patio y llegar por otro al interior de aquel recinto inmenso. Despues de los ginetes que eran bastante numerosos, pasaron algunas literas y carros tirados por bueyes; luego la muchedumbre de los músicos se precipitó por la puerta en el patio tocando siempre, y de súbito una viva claridad de antorchas nos hizo ver un anciano seco y de una fisonomía severa sentado muy derecho en una silla de manos bajo un dosel. Era el Gran Mogol, veinte elefantes le seguian inmediatamente en confusion, los unos con pabellones dorados, los otros con timbaleros que tocaban á mas no poder.

« Despues de esos elefantes con el aire sombrío y el andar lento y triste que caracteriza á esos animales, vinieron algunos ginetes rezagados con banderas, etc., y luego todo volvió al silencio.

« No he dicho que el Gran Mogol sentado en su silla tenia en su mano la punta de una pipa gigantesca que llevaban detrás de él. A la fúnebre claridad y entre el humo de las antorchas, parecia un cadáver embalsamado, con el cutis negro de las momias y lleno de oropeles. »

Algunos dias despues, el viajero es presentado al Gran Mogol, y esto le da ocasion para completar así su retrato:

« En suma, el Gran Mogol es un desgraciado anciano que no puede sufrir ninguna ceremonia mas que á fuerza de opio. Le colocan en el trono donde permanece mientras los efectos del opio duran... El trono era un estrado de mármol rodeado de una balaustrada. En medio de un patio espléndido, reinaba el vacío en torno de Su Majestad; algunos viejos servidores estaban de pie mezquinamente vestidos, con bastones de plata. Dos jóvenes parientes del emperador, segun creo, estaban sentados ó mas bien medio tendidos al pié del trono.

« El Mogol tenia una expresion singular. Sus ojos unas veces resplandecian con un brillo extraño, otras se ponian tristes y taciturnos; me pareció que temblaba. Su vestidura era de terciopelo imitando la piel del leopardo, y por ciertos puntos estaba adornada con bandas de pieles. Su rostro era seco y negro así como sus manos; tenia la nariz aguileña, las megillas hundidas, mala dentadura, y una barba escasa y teñida de un negro rojizo.

« Este anciano que veia yo en el trono de Delhi, era Bahadour-Schah, descendiente de Tamerlan. »

## Genio y figura...

1.

La dicha y la desgracia son en el mundo relativas. A no ser así, ¿cómo sobrellevarian el duro peso de la existencia los desterrados de la tierra? Los contratiempos son mas ó menos amargos, segun el carácter de los hombres, y si el orgulloso potentado se cree en el colmo de la adversidad cuando la fortuna abate su frente altanera, robándole una parte de sus riquezas ó dejándole vencido en sus luchas de ambicion contra un rival mas diestro, mas poderoso ó mas astuto, el mendigo se cree feliz cuando tras largo y forzado ayuno, recoge las migajas del banquete del rico, ó goza las delicias de un parco festin en su oscura bohordilla el dia que al tender su mano recibió algunas monedas de la comiseracion pública. La felicidad puede considerarse al mismo tiempo como un estado comparativo, y es mas feliz ó desdichado aquel que mas feliz ó desdichado se cree. ¿Quién ignorará lo que se cuenta de aquel desdichado filósofo que lamentaba su suerte, mientras preparaba su pobre cena con las raíces que le proporcionaba un pequeño huerto que poseia, y que al volver el rostro vió á otro mas infeliz que recogia los restos que por inútiles arrojaba? El mas infeliz hallará siempre, si vuelve el rostro en la adversidad, á otro mas desdichado, cuya miseria, comparada con la suya, puede servirle de consuelo.

Así pensaba el tío Blas, rústico aldeano que vivia en una casucha de tierra cerca de Aranjuez en los primeros años del reinado de Carlos IV, y á pesar de su natural ingenio yacia envuelto en la corteza de la ignorancia; sus cuarenta años y la escuela del sufrimiento y de la pobreza habian hecho germinar en su alma ideas filosóficas que expresaba con sencillo lenguaje.

— ¡Ea, Marta! decía á su mujer, no te desconsueles. ¿Cuántos habrá mas pobres y mas dignos de compasion que nosotros!

Marta era una robusta lugareña cuyo rostro sonrosado y de una belleza campestre era espejo de la paz del alma y de su carácter pacífico y franco, y escuchaba á su marido moviendo la cabeza con ese ademán de incredulidad que adoptan los que, siendo vencidos en la discusion por haber apurado los argumentos, abrigan aun un resto de duda.

Esa conversacion pasaba en el único aposento que formaba la casa del tío Blas, y que era al mismo tiempo cocina, salon y albergue de un asno pacífico, un perro de pelo erizado, sucio y de raza indefinible, y de una docena de gallinas escoltadas por un gallo de matizadas plumas. Forzoso es advertir sin embargo que tan heterogénea sociedad no vivia en comunidad completa, pues un tabique de carcomidas tablas separaba por un lado el establo del resto de la cocina, y por otro lado formaba dos pequeños aposentos que servian de dormitorio á la familia. Estos dos tabiques solo tenian algunos palmos de elevacion, y llegaban hasta el extremo de las paredes donde se apoyaban los torcidos maderos que sostenian el tejado y se elevaban formando un triángulo, interrumpido por la chimenea, la cual estaba construida con tal arte, que cuando soplabá el viento mas leve, en vez de arrojar el humo á lo exterior, lo empujaba hácia el hogar inundando la humilde casucha de negros y amargos torbellinos.

Envueltos estaban los dos esposos en una espesa nube de humo mientras se entregaban á sus consideraciones filosóficas; en el hogar ardía un verde tronco de encina que chisporroteaba con estrépito; sostenia una cadena cubierta de una espesa capa de hollin y pendiente de un travesaño apoyado en las paredes de la chimenea, una caldera de hierro que exhalaba una nube de vapor, y cuyos ruidosos borbotones anunciaban lo que contenia, si ha de darse crédito al dicho vulgar de *bor, bor, bor, ó col*; cerca de la tía Marta se veian sentados en las losas que cubrian el suelo un niño y una niña de cuatro ó cinco años, y el sueño que empezaba á doblegar sus párpados que les pesaban como plomo, contenia su genio naturalmente bullicioso. Finalmente, un niño de pocos meses, robusto y colorado como los ángeles que pintan los artistas de brocha gorda haciéndoles tocar una larga trompeta y representando la Fama ó otra alegoría análoga, dormia apaciblemente sin cuidarse del alimento que Dios envia á las madres pobres con mas prodigalidad que á las que enervan su cuerpo con la voluptuosidad y las pasiones que acompañan por lo regular á la opulencia.

La noche habia vencido y ahogado entre sus sombras los últimos resplandores del crepúsculo, y el viento silbaba con tal ímpetu azotando la chimenea, que toda la casa temblaba como si fuera á desplomarse sobre sus pobres moradores. Es verdad que el invierno empezaba ya á desatar sus iras, y que era grato acercarse al hogar mientras que la lluvia y los huracanes arrebataban las amarillentas hojas de los árboles, últimos despojos de los adornos con que se engalana en el verano la naturaleza.

— ¡Cuántos andarán vagando por despoblado, añadió el tío Blas, sin esperanza de hallar un albergue donde pasar la noche! Nosotros al menos poseemos esta casa que nos abriga de la intemperie: nuestra pequeña huerta nos da frutos para bendecir al que vela desde el cielo por los pobres; gozamos de alegría y de salud; nuestros hijos crecen como plantas nacidas en buena tierra: aunque no cubren nuestros cuerpos las sedas de los señores que se pasean por la corte, esclavos de sus modas, nuestros vestidos nos preservan del frio en el invierno, y como no estiramos el brazo mas de lo

que permite la manga, ni la vanidad nos hincha como á la rana de la fábula de Esopo, vivimos en paz y en gracia de Dios, sin ambicion y sin temer los lazos del enemigo tentador.

— Mucha razon tienen los que pretenden, Blas, dijo su esposa, que mas vales para predicador que para labrar la tierra, y veo que es verdad el refrán de dime con quién andas y te diré quién eres. Jamás hubieran salido de tu caletre esos sermones y sentencias que enjergas á troche y moche si no hubieses sido sacristan y criado del cura del pueblo desde niño hasta que te castaste conmigo cuando ya te ibas olvidando de ser joven.

— Aquel gran señor murió en olor de santidad, querida Marta, y tantas palabras tuyas quedaron grabadas en mi memoria que no me ha faltado consuelo en los trances de mi vida.

— Pero ellas no bastaron para sacarte del barranco en que te has puesto arrendando la hacienda del Encinar, ni todas las sentencias de aquel buen señor te darán el dinero que necesitas para pagar el arriendo de esos campos que dejó el granizo rasos como la palma de la mano y á nosotros amenazados de la miseria.

— Dios nos envié la mala nube que agüó nuestras esperanzas, y su misericordia nos enviará tarde ó temprano el remedio.

— ¡El remedio! Ya me lo dirás cuando vengan á reclamarte lo que Dios nos ha quitado.

— Calla y no blasfemes, mujer; quien desconfia de Dios no merece su apoyo. Pero dejémosnos de disputas y cenemos, que es tal mi apetito, y el hambre es salsa tan excelente, que estoy seguro de que esas coles me parecerán mas sabrosas que al mismo rey sus guisos mas delicados. Pues no digo nada de este rico vino de Valdepeñas, que así me parecerá el agua con que iré apagando la sed mientras cene. Desafío á los poderosos magnates de la corte á que coman con mas paz y mas alegría que yo. ¿De qué sirven sus ricos manjares si los disgustos ó el hastío se los convierten en rejalgos al llevárselos á la boca?

La buena aldeana sacó la humeante caldera del hogar, vertió el rústico manjar en platos de barro, y arrojándose ambos esposos de ahumadas cucharas de boj, dieron principio á su frugal banquete despues de haber rezado sus oraciones.

— ¡Rico está este pavo! decía el tío Blas mientras comia y lanzando al mismo tiempo sonoras carcajadas. Vamos, mujer, no seas melindrosa: acepta esta pechuga, añadia presentándole un tierno troncho de col blanco como la nieve. ¡Qué sabor tiene! ¡Qué bien asado está! Hoy se ha portado nuestro cocinero.

Y tomando un jarro lleno de agua cristalina, exclamaba:

— ¡Precioso licor! ¡cuál corrobora el estómago! Ya se ve; es de la viña de Dios; el vino de su cosecha es excelente.

GREGORIO AMADO LARROSA.

(Se concluirá.)

## Revista de la moda.

SUMARIO. — Los últimos placeres del verano. — Fiestas de Baden. — Un baile aristocrático en Blois. — Enumeracion de prendidos elegantes. — Primeras novedades de otoño. — Casi todas las manteletas de invierno llevan capuchon. — Faldetas-miniatura cortadas en forma de almena. — Vestido con delantal y corpiño mosquetero. — Un vestido de baile de estilo español. — Sombreros de otoño y de invierno. — Un sombrero María Antonieta. — Un sombrero Fontagnes. — Un sombrero Parisiense y una capota Hortensia. — Otros tocados elegantes. — Descripción del figurin que representa dos trajes de otoño.

Muchas fiestas hay en el otoño. Se deshojan los últimos placeres con las últimas flores del verano. Se baila casi por todas partes, en las provincias como en los baños de mar. Este año ha sido muy de tono salir de Paris para ir al borde de la mar, á los establecimientos termales, á las casas de campo ó á un antiguo castillo feudal donde se parodian las costumbres del tiempo de Luis XIII y de Enrique IV.

En cada uno de los lugares predilectos de la moda y de la elegancia ha habido asalto de seducciones provocadoras para atraer al gran mundo. Baden ha dado fiestas espléndidas, comedias, óperas-cómicas y un festival monstruo bajo la direccion inteligente del célebre Berlioz.

Blois que no es ni un puerto de mar ni una fuente milagrosa, no ha querido quedarse rezagado, y con motivo de las carreras de caballos, ha dado un hermoso baile departamental de que Paris habria podido glorificarse, pues Blois es la ciudad aristocrática por excelencia.

Citando aquí algunos nombres y algunos prendidos, se verá que el baile de Blois fué una fiesta brillante que habria podido tener lugar en Paris en el barrio de la nobleza.

— La princesa de Chimay llevaba un vestido de tafetan blanco cubierto con una túnica de encaje de Bruselas recogida con lazos azules, y un tccado redondo de narcisos y diamantes con ramillete en el corpiño.

— Mlle Valentina de Chimay lucia un vestido compuesto de seis faldas de tul ilusion; la última falda tenia debajo un ancho transparente azul. Por tocado una corona blanca de musgo.

— La princesa de Caraman Montesquieu — Vestido blanco y color de rosa, muy vaporoso, con una corona de rosas de Bengala y un aderezo de diamantes y pedrerías.

— Mme de Soubéiran, la señora del prefecto. — Vestido



blanco con seis faldas, adornado con cintas azules. Tocado blanco de pluma rizada.

— Mme de Ransogne. — Vestido blanco de gasa, guarnecido de rizados de gasa. Tocado de rosas encarnadas con hojas.

— Mme Walsh de Aramont. — Vestido blanco de tarlatana con tocado de uvas blancas y tintas.

— Mlle Delamarre. — Vestido de tafetan blanco con dos faldas, ambas guarnecidas con una ancha cinta de tafetan blanco bordada de espigas de paja. Corpiño de pliegues griegos. En la cabeza adorno de espigas y al cuello una cadenita de oro con un corazón de diamantes.

— Mlle Vallon. — Vestido blanco de tarlatana guarnecido de cintas color de púrpura. Tocado de rosas púrpura real con hojas.

— Mme de Bergevin. — Vestido blanco de tarlatana con volantes de gasa color de rosa. Corona blanca rosada.

— Mme de la-Bastiere. — Vestido malva de tarlatana adornado á los lados con gruesos ramilletes de verbena malva. Tocado de verbena malva.

— Mme Salvat Pean. — Vestido de organdi con una sola falda adornado á los lados con quillas afolladas verdes y blancas. Tocado de azucenas con hojas naturales. Broche de diamantes en el corpiño y en los hombros.

— Dos niñas del palacio de Chaumont. — Vestidos de tarlatana color de rosa con puntitos y tocado color de rosa.

— La condesa de Marsay. — Vestido blanco muy ligero, guarnecido de cintas encarnadas. Tocado y ramillete del corpiño de geranio encarnado.

— La señora del subprefecto de Vendome. — Vestido sumamente vaporoso de tul maíz y blanco con tocado de margaritas silvestres.

— Mme de Morgan. — Vestido blanco de gasa con siete volantes guarnecidos con un rizado de gasa. Adorno de cabeza de diamantes.

— Mme Bretonneau de Moydier. — Vestido con dos volantes de organdi blanco con cinta blanca, formando rosetas á los lados enlazadas con ramitas verdes. Berta afollada guarnecida de un rico punto de Inglaterra con un cordoncillo de yedra verde que pasa por las mangas. Aderezo de coral.

— Mme Batailler. — Vestido de tafetan color de lila, cubierto de tarlatana, adornado hácia abajo con muchos volantes pequeños de tarlatana color de lila guarnecidos de listas de terciopelo color de lila. Túnica de punto de Inglaterra, cayendo á la altura de los pequeños volantes de tarlatana. Tocado de lilas.

— Mlle K... — Vestido blanco de tarlatana con volantes y berta de cuadrillos de cintas de terciopelo color de cereza. Tocado de rosas.

— Mlle Meslier. — Vestido de tul con dos faldas y broche de cinta azul. Corpiño guarnecido de cintas azules formando tirantes. Tocado de margaritas silvestres y césped.

Si me he extendido un poco en la enumeración de estos prendidos de baile, es porque puedan servir de tipos de buen gusto y de distinción. Ahora hablaremos de las novedades del otoño.

Tenemos ya modelos muy bonitos, que aún no se llevan en París, pero la moda se adelanta al tiempo para proclamar por todas partes sus decretos de elegancia.

Principiemos por las manteletas, y luego hablaremos de los sombreros y vestidos.

Las manteletas se llevan muy anchas y muy largas, y casi todas tienen capuchon; describamos algunas.

— Una capa Albret de felpa larga, color castaño, ilustrada con cintas de terciopelo negro terminadas á cada extremidad con dos borlas de pasamanería; las cintas de terciopelo van por graduación. La orla de esta capa lleva varias hileras de fleco.

— Un Waverleg, pañuelo grande y largo de punto liso, color oscuro, guarnecido con un galon de terciopelo escocés, con capuchon.

— Otro id. id. de punto rayado blanco y negro con capuchon que remata en dos borlas negras.

— Un paletó emperatriz de terciopelo negro que figura un corpiño ajustado y una falda muy ancha con la esclavina de guipure que cae sobre el corpiño á la altura del talle. Grandes mangas cuadradas guarnecidas de guipure.

— Una capa Armagnac de felpa larga color castaño, guarnecida de cintas de terciopelo de cuadrillos del mismo color, con borlas.

— Otra id. de paño acolchado de cuadrillos gris, oscuro y negro, con una esclavina ondeada que cae solamente por detrás y que remata en los hombros. Esta capa tiene una gran manga flotante que vuelve sobre sí misma abotonándose á los lados.

— Un albornoz Molakoff de punto gris hierro con capuchon terminado por tres gruesas borlas de seda blanca.

— Una Safo de felpa color de castaño, guarnecida de una ancha cinta de terciopelo negro. En lo alto del corpiño lleva una berta cnadrada de terciopelo negro.

— Un albornoz argelino con rayas blancas y negras y capuchon.

— Otro id. parisiense de terciopelo negro con capuchon adornado con ricas borlas de azabache.

— Otro id. Tiflis color de castaño, paño muy fuerte y flexible como de terciopelo. El capuchon remata con dos hermosas borlas.

Esas son las primeras novedades. Hablaré de otras en la próxima revista.

Decididamente todos los vestidos nuevos se hacen con quillas y con delantal de terciopelo, de pasamanería, de muaré, de tafetan y de cinta. En esto consiste la gran novedad del día.

En cuanto á las formas se hacen muchas tentativas y muchos ensayos. Se ven faldetas desmesuradamente largas, y muy pequeñas, cortadas en almenas, que forman un contraste curioso con las grandes faldetas que bajan hasta media falda.

Voy á describir un vestido de este género. — Es de tafetan azul de China, con tres hileras de dibujos de medallones

Pompadour sobre fondo blanco separados en ambas bandas sobre la falda. — Cada banda de medallones Pompadour está separada con un grueso rizado de tafetan azul liso, y la orla de la falda lleva un afollado del mismo tafetan. El corpiño es de igual tela con adornos Pompadour y pequeñas faldetas de almenas-miniatura de unos cuatro centímetros de altas. Se necesita tener un talle muy fino para llevar este corpiño.

Otros dos vestidos citaré como modelos del día.

Uno es para paseo y otro para baile.

El primero es de tafetan color de violeta con un delantal de enverjado de terciopelo negro estampado en la tela. A la distancia del delantal se detiene una segunda falda guarnecida con un ancho terciopelo negro. El corpiño mosquetero lleva dos puntas por detrás y un adorno trenzado por delante.

Este corpiño tiene un aire muy virginal y sienta bien á toda persona de talle esbelto.

El vestido de baile de estilo español es de terciopelo de Africa rosa de China con doble falda. La primera lleva un rico punto de Alençon con un rizado de tul guarnecido de raso color de rosa, con un segundo rizado en medio. La primera falda va levantada de distancia en distancia con gruesos lazos de color de rosa. El corpiño está adornado de plumas color de rosa y punto de Alençon.

Los sombreros siguen pequeños y caprichosos, pero sencillos y con pocos adornos. Vamos á fotografiar algunos de ellos.

— Un sombrero María Antonieta de terciopelo mahon con un velito de blonda muy rico y muy ligero. El fondo del casco va adornado con pluma blanca y malva; es un adorno aristocrático y que sienta admirablemente. En el interior rizado de blonda, lazo de terciopelo malva y cintas de lo mismo.

Este mismo sombrero María Antonieta se repite en terciopelo verde Isly con velo de encaje negro de Chantilly y pluma verde y negra en el fondo del casco.

— Un sombrero Fontanges de terciopelo negro, redondo y de estilo Luis XIV; este era en otro tiempo el sombrero amazona de las bellas damas de la corte. Va rodeado con un encaje negro flotante. Por un lado una larga pluma azul se desarrolla cerca de la cara y cae sobre el hombro; por el otro cuelgan florecillas de terciopelo azul.

— Un sombrero Parisiense de terciopelo negro con encaje negro que cae hasta el interior del ala. Sobre el fondo se arrolla una cinta de pluma azul cuyas puntas rematan en lazo por detrás. Y digo cinta para dar á entender lo ligera que es la pluma. — Lleva tres pequeñas plumas, una formando las cintas y las otras enroscadas caprichosamente.

— Una capota Hortensia con ala de tafetan blanco fruncida y fondo de terciopelo raso verde Isly. Al borde del ala, rizado de terciopelo ruso. Este terciopelo es una tela nueva entre la felpilla y el terciopelo de Lyon. Por dentro rosas de Bengala.

— Un sombrero de crespon blanco con un ancho sesgo de terciopelo color de cereza, al borde del ala y de la guarnición de detrás. Sobre ese sesgo se ve un elegante adorno de encaje negro, de un género enteramente nuevo que forma una pequeña punta María Estuardo en medio de la frente. Dos bandas de encaje se cruzan sobre el casco y caen por ambos lados. Adorno de pluma blanca y negra. Por dentro geranio de terciopelo cereza. Cintas blancas con orillas de terciopelo cereza.

— Un tocado de comida de etiqueta y de soiré.

Este tocado se compone de una trenza de terciopelo purpurino prendido con un grueso lazo de terciopelo con dos puntas y al rededor volante de encaje de diez centímetros de alto que cae sobre sí mismo. La trenza de terciopelo forma diadema en torno de la cabeza.

Termino la serie de las primeras novedades de otoño con la descripción de estos dos prendidos:

El primero se compone de un vestido de tafetan color de castaño con doble falda; á los lados tres lazos de cinta del mismo color con puntas flotantes. Corpiño sin faldetas, con fichu de cinta color de castaño. Mangas con un gran volante de tafetan recogido con un lazo de cinta. Cuello de punto. Las mangas están formadas de dos afollados de tul, con puñitos de encaje recogidos en torno de la muñeca. Capota de gasa lisa, de tul y de blonda, orlada de tafetan verde. Velo de blonda caído sobre el sombrero. Al rededor del ala, guirnalda de hojas y de frutos rojos. Cintas de tafetan verde, guantes gris perla.

El segundo traje consiste en un vestido de tafetan gris claro con cuatro volantes ilustrados cada uno con cuatro cintas de terciopelo azul. Corpiño de punta adornado con vivos azules, en armonía con las rayas de los volantes. Mangas con tres volantes. Cuello de encaje, guantes amarillo oro. Brazaletes de terciopelo negro. — Pañuelo argelino con rayas blancas y amarillas. Sombrero de crespon blanco con sesgos de terciopelo «epinglé» blanco y pluma blanca. Por dentro corona de florecillas color de rosa. Cintas blancas. Guantes gris claro y brazaletes de terciopelo negro.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## Viaje á Saboya del rey Victor Manuel II.

EL TUNEL DEL MONTE CENIS. — EL PUENTE DE CULOZ.

La compañía del ferro-carril de Victor Manuel explota una línea de San-Inocencio á San-Juan-de-Maurienne pasando por Aix-los-Baños y Chambéry, y otra de Suse á Turin. Para llenar el primer vacío entre San-Juan-de-Maurienne y Suse, se decidió la continuación de la línea. Esta empresa gigantesca consiste principalmente en hacer pasar bajo el monte Cenis un tunel de 12 á 13 kilómetros de largo.

Llevada á cabo esta obra, debe dar á la compañía del Victor Manuel todo el tráfico de la Francia con la Italia

y el Oriente. Su importancia, bajo el punto de vista de los intereses humanos y sociales, ha hecho pensar al rey de Cerdeña que á él le tocaba dar la señal de los trabajos. Por su parte el emperador Napoleon juzgó que la Francia no podía faltar allí donde se trataba de tal problema, y bajo este concepto el sábado 29 de agosto, S. A. I. el príncipe Napoleon acompañado de los señores Terri-Pisani, su ayudante, de Belval y de Waldner, oficiales de ordenanza, sala de París delegado por S. M. para representar á la Francia en el monte Cenis con los señores de Villamarina, ministro plenipotenciario sardo en París y el personal de la legación; Bixio, de Avigdor, Dailly, administradores del Victor Manuel, Le Provost, secretario general, y algunos representantes de la prensa.

En Culoz sobre la frontera de Francia y de Saboya, el príncipe que hasta entonces habia conservado el incógnito, fué recibido por el señor duque de Grammont, nombrado embajador en Roma, y por sus secretarios. S. A. I. pasó despues á un vapor elegantemente empavesado que le llevó á San-Inocencio por el Ródano, un canal muy pintoresco, y por el mágico lago del Bourget rodeado de sus altas montañas cortadas á pico. De San-Inocencio á Aix el príncipe tomó la vía férrea. Despues de haber comido se dirigió hácia Modane, aldea designada para el arranque de las obras.

El lunes á la siete de la mañana, el rey Victor Manuel llegó al punto señalado, acompañado de los señores de Cavour y Paleocapa, ministros de Negocios extranjeros y de Obras públicas, de un brillante estado mayor, de los ingenieros, y del presidente y los miembros del consejo de administración del camino. Una decoración de teatro simula el tunel concluido ya, dos aparatos eléctricos van á dar fuego á las primeras minas que deben abrir la montaña; el obispo de San-Juan-de-Maurienne sube al altar y pronuncia un discurso breve y celebrado. El rey y luego el príncipe se colocan enfrente de cada aparato, y luego bajo los rayos de un magnífico sol que dora con sus fuegos las últimas nieves y los hielos eternos de los Alpes, vemos subir hácia el cielo dos nubes de humo, oímos dos detonaciones repetidas cien veces, y á los aplausos de todos miramos caer como en señal de sumision á la ciencia los primeros pedazos de roca arrancados del monte Cenis.

M. Ranço, ingeniero en jefe de las obras, ha tenido á bien comunicarnos los detalles siguientes sobre el proyecto que se ha de ejecutar. Como hemos dicho, el tunel tendrá de 12 á 13 kilómetros, y la primera dificultad que se presenta es que el hombre no ha profundizado tanto hasta hoy en el seno de la tierra, de modo que se marcha á lo desconocido. Luego se teme un lago bastante hondo situado en las alturas del monte Cenis, y el tunel se pone tan bajo para evitar las aguas del lago, que serian peligrosas en tanto que el fondo estuviera formado de arenas movedizas. Por último, la altura de la montaña y la existencia del lago impiden que se abran pozos para acelerar y dar ventilación á las obras. Dos galerías paralelas en comunicacion, produciendo así una misma corriente de aire y prosiguiéndose al mismo tiempo, remediarán aquel inconveniente. Cuando trabaje la mina, una máquina operará la perforacion. Seis años y cuarenta millones se juzgan necesarios para llevar á buen término esta empresa, que concebida y dirigida por hombres instruidos, no puede menos de salir bien; en todo caso, el camino del monte Cenis seria con el rail-way, tal como funcionará dentro de poco, la vía mas directa para comunicar con Genova y Trieste. Pagarán los gastos por mitad, el gobierno sardo y la compañía; pero esto solo dará dinero cuando estén abiertos los cuatro primeros kilómetros. Por último, á petición del príncipe Napoleon se unirá una comision de ingenieros franceses á la de los ingenieros piemonteses.

Despues de la ceremonia y de un almuerzo dado en el obispado de San-Juan-de-Maurienne, el convoy real, deteniéndose en San-Pedro-de-Albigny y en Aiguebelle, llega á Chambéry. Por todas partes los guardias nacionales sobre las armas, los curas y los alcaldes de los pueblos habian salido á los caminos.

En Chambéry el rey, el príncipe Napoleon y su comitiva toman asiento en un esrado; enfrente se ve un altar donde monseñor de Chambéry, rodeado de su clero bendice dos magníficas locomotoras adornadas de flores y de banderas con los colores de Francia y de Cerdeña.

S. M. Victor Manuel y el príncipe imperial entran en seguida en Chambéry, á la cabeza de las tropas de la guarnición al sonido de las campanas y al ruido del cañon.

Al otro día un tren especial tomaba las mismas personas para conducir las á San-Inocencio, que encontraron luego el mismo vapor en que habia ido el príncipe.

El buque pasa á orillas de las obras destinadas á llenar el segundo hueco del ferro-carril, queremos hablar del espacio que exige la navegacion de Culoz á San-Inocencio; casi todo está terminado. En las márgenes del lago, cuadrillas de obreros hacen resonar los aires con sus hurras, y corren á dar fuego á las minas dispuestas á la entrada de las galerías donde entra y sale á cada instante la vía férrea.

El vapor desembarca en Culoz á sus ilustres pasajeros, y allí estaban el señor prefecto, el consejo de prefectura, los diputados del departamento de Ain, el señor Bartholoni, presidente del consejo de administración de la compañía de Lyon á Ginevra, y los demás miembros del consejo. Se procede á la colocacion de la primera piedra del puente sobre el Ródano, que permite á la línea del ferro-carril de Saboya el unirse directamente con la compañía de Lyon á Ginevra. El rey, el príncipe Napoleon en nombre del emperador, los dos embajado-



res, los dos ministros Cavour y Paleocapa, y luego el mariscal Pelissier firman el acta.

Si el tunel del monte Cenís une la Saboya con el Piamonte, el puente de Culoz une la Francia con la Saboya; de modo que es expresion de la misma idea, la reunion inmediata y directa de la Francia con la Italia, el triunfo de los príncipes de orden y de progreso sobre el despotismo y la anarquía; y esa correlacion de entrambos hechos ha sido comprendida, puesto que los dos gobiernos que tomaron parte en la primera operacion han ejecutado la segunda; puesto que han querido que la primera piedra arrancada la víspera del monte Cenís, fuese la primera piedra del nuevo puente, como lo atestigua esta inscripcion grabada en una placa de cobre que se colocará en la obra:

« El 1º de setiembre » de 1837 Victor Manuel II, rey de Cerdeña, y el príncipe Gerónimo Carlos parte, pusieron la primera piedra de este puente, que arrancaron de la montaña que está delante de Modane, con el auxilio de la pólvora y del fluido eléctrico, para inaugurar y comenzar los trabajos del subterráneo de los Alpes. »

El puente de Culoz será tubular, y se construirá á medias por la compañía de Lyon á Ginevra y por la del Victor Manuel.

El rey quiso acompañar hasta el territorio francés al príncipe Napoleon que se vió obligado á marchar, si bien se despidió con la promesa de una nueva y próxima excursion por la Saboya. Una gran comida oficial dada por el rey y una fiesta popular en Chambéry terminaron el día.

El miércoles por la mañana, el rey á la cabeza de las tropas que forman la guarnicion de Chambéry, atacaba la ciudad de Aix defendida por la guarnicion de Annecy. Despues de haber conquistado valerosamente su buena ciudad, el rey almorzó en el Casino y luego fue á poner la primera piedra del nuevo establecimiento termal.

Por último, Victor Manuel despues de haber asistido

al baile dado en el teatro por la ciudad de Chambéry, salió de este punto el jueves 3 para volver á Turin.

En Aix los Baños el rey de Cerdeña recibió la siguiente manifestacion de los ingleses residentes en ese sitio y sus inmediaciones:

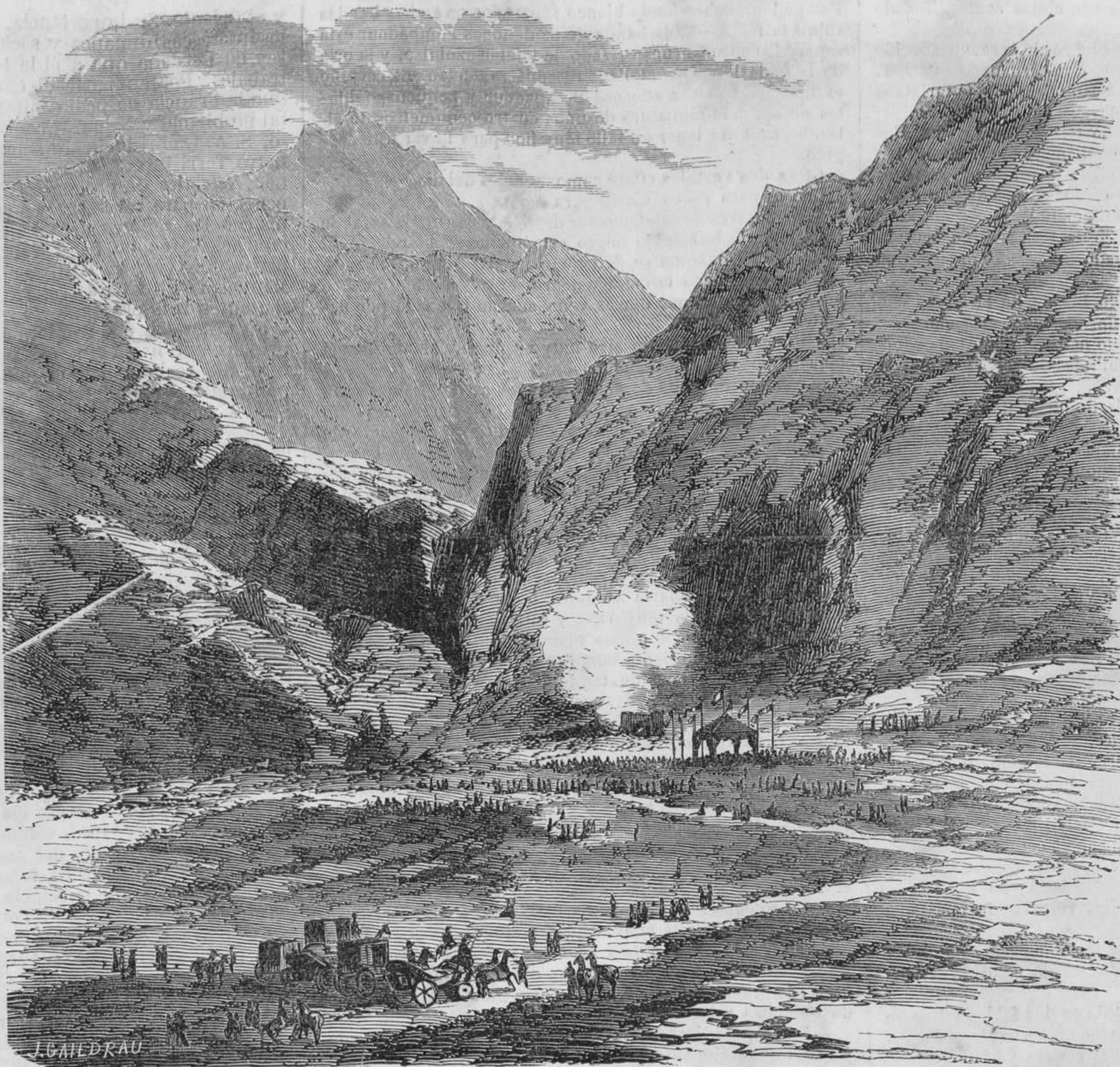
Señor:

Los súbditos de S. M. la reina Victoria (Q. D. G.), residentes en Aix, aprovechan la ocasion de la visita de S. M. á esta hermosa provincia de su reino para ofrecerle la ardiente expresion de su cordial y respetuoso homenaje. En una ocasion tan propicia, cuando la Italia está próxima á verse unida con un nuevo y desconocido lazo, en la historia del pasado, á las grandes potencias occidentales, cuando el hierro es la varita de virtudes que ha de abrirnos las puertas de una nueva edad de oro,

Las ceremonias de estos tres dias consecutivos (para siempre memorables en estos valles), á las cuales ha asistido un príncipe imperial, inauguran unas obras que por si solas hacen brillar á un reino entero, siendo tan honrosas para el sabio y emprendedor ministro que las concibe, como para el rey amante de la felicidad de su pueblo que las lleva á cabo. No es esta la primera vez, señor, que las sábias medidas del gobierno de V. M. han merecido los aplausos de nuestros compatriotas.

Nuestros mas fervorosos deseos son que Dios prolongue dilatados años el reinado de V. M. á fin de que con el firme, generoso y leal apoyo de una enérgica y decidida administracion pueda servir de brillante ejemplo y de noble emulacion á la gloriosa y clásica tierra de Italia. ¡ Viva el rey! — Casino, 1º de setiembre de 1837.

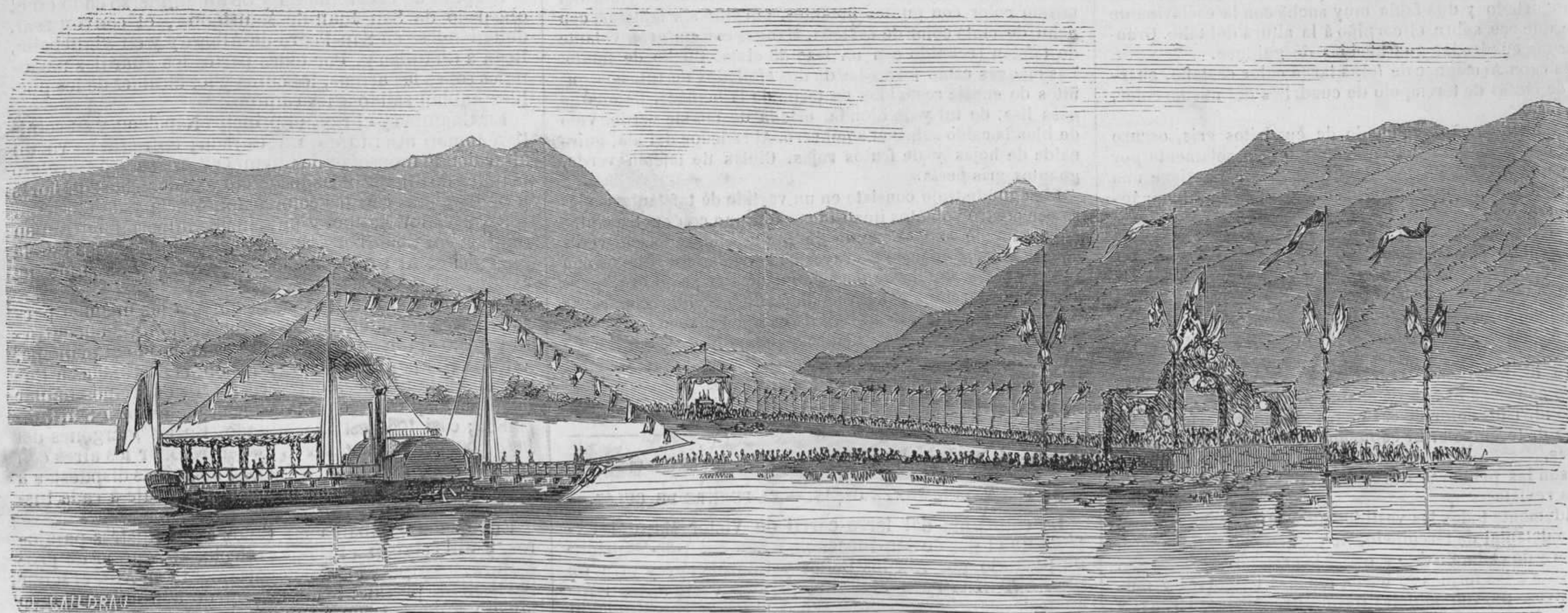
P. F.



Inauguracion del ferio-carril Victor-Manuel. — Primera explosion de la mina para la perforacion del monte Cenís.

faltaríamos á nosotros mismos y á nuestro pais si nos abstuviésemos de tomar parte en la alegría general presente y de aclamar el gran porvenir que aguarda á las conquistas de la industria y de la paz.

El número de nuestros compatriotas que concurren á los baños de Aix, aumenta de año en año. La reputacion de estas salutíferas aguas, mantenida por una ininterrumpida tradicion desde el tiempo de los romanos, se acrecienta cada dia mas con motivo de sus innumerables curas, muchas de las cuales presenciarnos cada dia. Hasta ahora dos graves obstáculos se oponian á la ilimitada difusion de los beneficios de estas aguas: la distancia y los medios imperfectos y escasos recursos de un establecimiento que no llenaba de mucho las necesidades que reclama un siglo cada vez mas civilizado. V. M. remedia ahora estos defectos colocando hoy la primera piedra para el puente tubular de Culoz, y mañana la de los nuevos baños de Aix, los cuales, bajo la direccion de los elevados conocimientos del ingeniero y del arquitecto que los dirigen, no podrán menos de ser el primer establecimiento de su clase en el mundo.



Colocacion de la primera piedra del puente de Culoz.